



Bianca®

En posesión de un millonario

Sara Craven

En posesión de un millonario

Argumento

Ella había prometido hacer cualquier cosa para no perder la casa familiar… y no sospechaba hasta dónde tendría que llegar…

El arrogante millonario francés Marc Delaroche deseaba a Helen Frayne como jamás había deseado a ninguna mujer en su vida. Estaba seguro de que se vendería a sí misma con tal de no perder aquella ancestral casa… y poco después comprobó que no se equivocaba cuando ella accedió a casarse con él… ¡por conveniencia!

Sin embargo, Marc no tenía la intención de cumplir su parte del trato. Él quería disfrutar de todos sus derechos de esposo… ¡especialmente en el dormitorio!

Capítulo 1

HELEN no había estado tan nerviosa en toda su vida. Y la severidad del ambiente no ayudaba mucho.

Aquel era, después de todo, el cuartel general en Londres de Restauración Internacional, una fundación supuestamente dedicada a la conservación de monumentos históricos.

Había esperado paredes forradas de madera, pesados cuadros, antigüedades y, posiblemente, una alfombra persa. Algo con la gracia y el encanto del pasado.

Pero lo que se encontró fue una recepcionista malhumorada que la llevó a una especie de cubículo de cristal y acero y una fuente de agua por toda compañía.

Y, aunque debía admitir que la silla, de metal, era sorprendentemente cómoda, no estaba cómoda mentalmente.

Pero, claro, en aquella situación de vida o muerte, ¿quién lo estaría?

Apretando el maletín, Helen repasó los temas que tendría que tratar en cuanto estuviera cara a cara con los miembros del patronato de Restauración Internacional.

Ellos eran su última esperanza. Lo había intentado todo.

Inquieta, se acercó a la fuente de agua para llenar un vaso. Al hacerlo, vio que la cámara de seguridad se había activado y tuvo que sonreír al pensar que alguien la estaba vigilando. ¿Para qué?, se preguntó.

-Debes tener un aspecto muy profesional -le había aconsejado su amiga Lottie-. Deja los eternos vaqueros y ponte una falda. Recuerda que vas a hacer una presentación importante y que hay mucha gente pendiente de esto.

Y tenía razón, pensó Helen. Tanto Lottie como otros muchos la habían ayudado a redactar el informe, habían aportado sugerencias, pintado la fachada y arreglado el jardín, en caso de que el patronato quisiera ver la casa. Incluso le grabaron en vídeo varios eventos que habían tenido lugar en Monteagle durante los dos últimos años.

Pero ahora, por fin, todo dependía de ella. Haciéndole caso a su amiga, se había puesto su única falda elegante, de color gris, una blusa blanca y una chaqueta negra. Con un poco de suerte, los miembros del patronato no se fijarían en que la ropa no era nueva.

Su pelo, de un tono castaño, necesitaba un corte con urgencia, de modo que lo llevaba apartado de la cara, sujeto con un lazo negro de seda y, como único adorno, unos pendientes de plata.

No había mucho que el silencioso espectador pudiera criticar, pensó, conteniendo el deseo de levantar su vaso y brindar con la cámara.

Helen volvió a su silla como si no tuviera una sola preocupación en el mundo, como si nada dependiera de aquella entrevista.

«Sólo mi vida», pensó. «Sólo lo que más me importa en el mundo».

Además de Nigel, se recordó a sí misma.

Tenía que convencerlos de que merecía la pena salvar Monteagle, que ella no iba a abandonar la lucha como hicieron su padre y su abuelo, que no dejaría que Monteagle se fuera desmoronando. O peor, que cayera en manos de Trevor Newson.

Tembló al pensar en el rostro abotargado, esperando con una sonrisa victoriosa, contando los días para convertir Monteagle en un parque temático medieval.

Había sido eso lo que la lanzó a una última y desesperada búsqueda del dinero necesario para las urgentes reparaciones de la casa.

Las demás organizaciones a las que pidió ayuda la habían rechazado con la excusa de que Monteagle era una casa demasiado pequeña, poco importante y demasiado alejada de las rutas turísticas.

-Y por eso me necesita a mí -le había dicho Trevor Newson-. Torneos en el jardín, cerdos asados, banquetes en el gran salón… así pondríamos Monteagle en el mapa. Los turistas acudirían en manadas. Y no me haga esperar demasiado para darme una respuesta, señorita Frayne, o el precio empezará a bajar.

-No tiene que esperar, señor Newson -le había replicado Helen-. La respuesta es no.

-Tómese su tiempo. Después de todo, ¿qué puede perder? La casa se cae a pedazos y todo el mundo sabe que su padre y su abuelo sólo le dejaron deudas. Cuenta con el alquiler de la finca contigua y una pequeña cantidad de los pocos visitantes que pasan por aquí cuando abre durante el verano, pero con eso no llegará a ningún sitio. De hecho, lo extraño es que no haya tenido que vender hasta ahora -siguió él-. Tiene que vender, querida. Y si no puede soportar la idea de marcharse de Monteagle, yo podría ofrecerle trabajo. En esos torneos solía haber una reina de la belleza y usted es una chica muy guapa -añadió, mirándola con poco disimulado interés-. Me la imagino, maquillada, con un vestido medieval bien escotado…

-Es una oferta muy tentadora -lo interrumpió Helen, intentando contenerse-. Pero me temo que la respuesta sigue siendo no.

-Cerdo asqueroso -había dicho su amiga Lottie, que siempre decía lo que pensaba-. Será mejor que no se lo cuentes a Nigel o le dará un

puñetazo en la boca. ¿Va a ir contigo a presentar el proyecto al patronato?

-No -contestó Helen, intentando disimular su decepción-. Tiene mucho trabajo. Además, ya soy mayorcita, puedo ir sola.

Como el propio Nigel le había dicho, recordó. Además, seguramente no debería haber contado con su apoyo. Pero llevaban mucho tiempo saliendo juntos y todo el mundo pensaba que estaría a su lado en la batalla para salvar Monteagle.

De hecho, como Helen sólo admitía ante sí misma, Nigel no la estaba ayudando en absoluto. Él tenía dinero, trabajaba en un banco y había heredado una importante cantidad de su abuela, pero jamás le había ofrecido ayuda.

Eso era algo de lo que deberían hablar cuando consiguiera los fondos de Restauración Internacional. Aunque últimamente no habían tenido muchas oportunidades de hacerlo. Y seguramente era culpa suya. Nigel tenía mucho trabajo en Londres y ella estaba tan enfrascada en el proyecto, que no le había echado de menos.

Era terrible admitir eso del hombre con el que iba a casarse.

Pero todo iba a cambiar, se dijo a sí misma. Pasara lo que pasara aquel día, su relación con Nigel sería permanente a partir de entonces. Haría todo lo que él le había pedido siempre. Incluso eso.

Helen sabía que era un poco anticuada, pero no le gustaba la idea de mantener relaciones sexuales antes del matrimonio.

No le daba miedo, ni estaba insegura de sus sentimientos. Pero quería que, el día que estuvieran juntos ante el altar, él supiera que el vestido blanco significaba algo.

Además, nunca había encontrado el momento adecuado.

Ni el momento, ni el sitio. Pero Nigel no podía esperar eternamente. Entonces, ¿por qué aplazarlo?

La puerta se abrió entonces, interrumpiendo

sus pensamientos, y Helen se levantó apresuradamente. Una chica rubia, alta y delgada, con unas piernas interminables y un traje oscuro, la miró de arriba abajo.

-¿Señorita Frayne? Acompáñeme, por favor. El patronato la está esperando.

-Y yo estaba esperando al patronato -intentó sonreír Helen.

Después de atravesar un largo pasillo, su acompañante abrió una puerta y dio un paso atrás.

-La señorita Frayne -anunció.

Más cemento, más metal y más cristal, pensó, mirando alrededor. Y siete hombres alrededor de una mesa ovalada, que la saludaban con un breve movimiento de cabeza.

-Por favor, señorita Frayne, siéntese -dijo un hombre de pelo gris, con aspecto escandinavo, que debía de ser el presidente del patronato.

Helen se dejó caer sobre una silla de cuero y metal, sujetando con fuerza su maletín mientras los reunidos volvían a sentarse.

Eran como clones unos de otros, pensó, con sus trajes oscuros y sus corbatas discretas. Excepto uno. El hombre que estaba sentado a la derecha del presidente.

Era más joven que sus colegas, treinta y tantos años, diría Helen, con el pelo más largo que los demás y bastante despeinado. Nadie podría decir que fuera un hombre guapo. Tenía la nariz recta, pero una boca insolente y unos ojos oscuros, tan impenetrables como la noche, que la estudiaban en silencio.

Al contrario que los demás, parecía recién salido de la cama, como si se hubiera puesto lo primero que hubiese encontrado a mano. Además, llevaba el primer botón de la camisa desabrochado y la corbata torcida.

Parecía como si se hubiera colado allí por error… Helen vio que sonreía, como si hubiera leído sus pensamientos y le pareciese divertido. Eso la molestó. No quería ser tan transparente. Sin embargo, aquel hombre al que nadie podría llamar guapo, tenía un encanto, un atractivo sexual sorprendente.

Y, de repente, Helen se sintió atrapada en una especie de campo magnético que no le gustó nada. Y que el tipo tuviera unos dientes preciosos tampoco la ayudaba en absoluto.

-Póngase cómoda -insistió el presidente. ¿Cómoda? Helen no se había sentido tan incómoda en su vida. Ni tan asustada.

El hombre la felicitó por el proyecto. Todos tenían abierta la carpeta, excepto uno. El, por supuesto. Ni siquiera reaccionó cuando Helen sacó el vídeo del maletín.

-Espero que esto les dé una idea de las actividades que han tenido lugar en Monteagle en el pasado. Yo quiero ampliar esas actividades en el futuro… incluso he obtenido una licencia para celebrar bodas.

Helen empezó a relajarse un poco cuando notó que eso parecía satisfacerlos. Hasta que comprobó-que el hombre de los ojos oscuros estaba mirandolo de nuevo, con repentino interés. Y no sólo miraba su cara, sino el escote de su blusa con todo descaro. Ella se puso colorada pero le devolvió la mirada, desafiante, hasta que, por fin, los ojos oscuros se clavaron en sus manos, delicadamente colocadas sobre la mesa.

-¿Piensa casarse usted misma allí, mademoiselle? -preguntó él entonces. Tenía una voz muy masculina, ronca, profunda. Y hablaba su idioma perfectamente, a pesar del acento francés.

Se preguntó qué habría pensado de la sección del informe en el que se decía que la parte fortificada de Monteagle había sido construida durante la Guerra de los Cien Años y que el Príncipe Negro, el enemigo más temido por Francia, solía alojarse allí.

Helen clavó en él sus ojos castaños para demostrarle que no podía amedrentarla… y deseando al mismo tiempo que Nigel y ella estuvieran oficialmente comprometidos.

-Por supuesto que sí -contestó-. Seguramente, será la primera boda que se celebre en Monteagle, monsieur.

Por supuesto, no lo había hablado con Nigel, pero no creía que él pusiera ninguna objeción. Además de ser un sitio maravilloso, sería una publicidad estupenda.

-Que romántico -murmuró él, antes de mirar al vacío.

Los miembros del patronato empezaron a hacerle preguntas. Claramente, todos habían leído el proyecto y parecían genuinamente interesados.

La puerta se abrió y la rubia volvió a entrar con un carrito. Helen se alegró al ver que, además de café, llevaba agua mineral. Aquella entrevista estaba siendo más difícil de lo que imaginaba y se le había quedado la boca seca.

Cuando la secretaria desapareció, el francés sacó un papel de la carpeta.

-Ésta no es la primera vez que solicita ayuda para reformar la mansión Monteagle, mademoiselle. ¿Ésta es una lista completa de las organizaciones con las que se ha puesto en contacto?

Helen se mordió los labios, observando la columna de nombres.

-Sí.

-¿Y no consiguió nada en ninguna de ellas?

-No.

-¿Quién le habló de nosotros?

-Una amiga encontró información sobre Restauración Internacional en Internet. Parecían interesarse por proyectos pequeños y pensé que debía intentarlo.

-Porque estaba desesperada -dijo él.

-Sí -contestó Helen, desafiante-. No quiero que Monteagle se caiga a pedazos y haré lo que sea para salvarla.

El hombre sacó otro papel de la carpeta.

-El informe del inspector es de hace veinte años.

-Así es. Sus recomendaciones valen todavía, aunque los precios se han incrementado, obviamente.

-Veinte años es mucho tiempo, mademoiselle. Después de pedir este informe, ¿por qué no empezaron las obras?

Ella se puso colorada.

-Mi abuelo tenía intención de hacerlo, pero no pudo.

-¿Por qué?

-Hubo una crisis en la industria de los seguros. Mi abuelo era socio de Lloyd's entonces y las demandas que se presentaron lo dejaron al borde de la ruina. Incluso pensó en vender Monteagle.

-Eso sigue siendo una posibilidad, por supuesto -dijo su adversario-. ¿No es cierto que ha recibido una generosa oferta de un tal Trevor New-son? ¿No sería eso mejor que tener que suplicar a una larga lista de patronatos, de tener que enfrentarse al rechazo?

-Los planes del señor New son para Monteagle son totalmente inaceptables -contestó Helen-. Yo soy una Frayne y no pienso dejar que la mansión que ha pertenecido a mi familia durante siglos se transforme en un ridículo parque temático. Encontraré el dinero como sea, haré lo que sea para conseguirlo -añadió, apasionadamente.

-¿Lo que sea? -repitió él, levantando una ceja-. Está usted muy decidida.

-Tengo que estarlo. Y si para conseguirlo tengo que suplicar, lo haré. Monteagle merece todos los sacrificios.

El presidente se levantó entonces. -Ha sido un placer conocerla, señorita Frayne. Consideraremos su propuesta con gran interés, se lo aseguro. Espero que hayamos llegado a una decisión antes de finales de mes.

-Les agradezco que me hayan recibido -suspiró Helen, antes de salir de la sala de juntas sin mirar a su interrogador.

En el pasillo, se detuvo, con una mano en el costado como si hubiera corrido diez kilómetros.

¿Qué demonios había pasado allí? ¿Era una de esas rutinas de policía malo-policía bueno?

Hasta que el francés empezó a hablar, todo iba perfectamente. Pero al patronato no le habría hecho gracia ser la última organización al final de una larga lista, como él había sugerido.

Además de eso, la había estado desnudando con la mirada. Algo que, además de desagradable, casi podría ser considerado como acoso sexual, pensó, furiosa. Aunque alguien de la edad de piedra como aquel hombre no sabría ni lo que era eso.

De todas formas, se preguntó quién sería y qué influencia tendría en el patronato de Restauración Internacional. Y sólo había una manera de enterarse.

La rubia del traje oscuro estaba en el vestíbulo, charlando con la recepcionista.

-¿Podría darme un organigrama de la fundación? -sonrió Helen.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada de sorpresa.

-Creo que le enviaron uno cuando hizo la solicitud, señorita Frayne.

-Sí, pero está en mi casa y tengo que comprobar un par de detalles. De modo que, si no es ningún problema…

De nuevo, las dos mujeres se miraron. Luego, la recepcionista abrió un cajón y, con muy poca amabilidad, sacó una carpeta platificada.

-Sólo entregamos uno por solicitante, señorita Frayne. Cuídelo.

-Lo trataré como un tesoro -dijo Helen, irónica.

Cuando estaba guardando la carpeta en el maletín oyó pasos a su espalda. Al mismo tiempo, la expresión fría de las dos mujeres desapareció, siendo reemplazada por sendas sonrisas.

Helen sintió como si una mano helada estuviera tocando su espina dorsal y supo instintivamente quién era.

-¿Quiere comprobar que he salido del edificio, monsieur?-No, es que tengo una reunión fuera de aquí, mademoiselle -sonrió él-. Y mi nombre es Delaroche. Marc Delaroche -añadió, señalando la carpeta-. Como le habría dicho si me hubiera preguntado.

-Sólo quería algo para leer en el tren -replicó Helen-. Pero siempre puedo comprar el periódico.

-Por supuesto. Á bientót -se despidió el francés, mientras la rubia y la recepcionista lo miraban, como en trance.

Cuando él desapareció, la sensación helada desapareció también.

Marc Delaroche había dicho que tenía una reunión, pero de todas formas Helen se alegró de no encontrarlo en el aparcamiento.

Pensaba que su nerviosismo se disiparía ahora que la entrevista había terminado, pero no fue así.

Se sentía perdida y ridiculamente asustada. Quizá era a causa del ruido y la suciedad de Londres, se dijo, preguntándose cómo podía Nigel ser tan feliz viviendo allí.

Pero al menos podía aprovechar la oportunidad para verlo, decidió, sacando el móvil del bolso.

Nigel contestó enseguida, pero no estaba solo porque podía oír voces y risas al fondo.

-¿Helen? ¿Desde dónde llamas?

-Estoy en Groverton Street, no muy lejos de tu oficina. Pensé que podrías invitarme a comer.

-¿A comer? -repitió él-. No puedo, tengo muchísimo trabajo. Deberías haberme dicho que ibas a venir a Londres.

-Pero te lo dije -suspiró Helen, decepcionada-. Acabo de entrevistarme con el patronato de Restauración Internacional.

-Ah, sí, es verdad. Tengo tanto trabajo, que se me había olvidado.

¿Qué tal ha ido?

-Bien, creo. O, más bien, espero -contestó Helen, intentando apartar de su mente el rostro de Marc De la roche.

Un hombre, pensó. Una opinión disonante. ¿Qué podía hacer contra el resto del patronato?

-¿Les ha interesado el proyecto?

-En general, creo que sí. Y me han dicho que tomarán la decisión antes de que acabe el mes, así que sólo tengo que esperar diez días.

-Bueno, cruzaré los dedos por ti -dijo Nigel-. Y quizá, en estas circunstancias, podría escaparme un rato. Para celebrarlo. Nos vemos en el Martini-que a la una.

-Pero no sé dónde está…

-Toma un taxi, el taxista te llevará -la interrumpió él, con un toque de irritación-. Es un restaurante muy conocido.

-¿Y será fácil encontrar mesa?

-Qué ingenua eres. El banco tiene una mesa reservada permanentemente. En fin, tendré que hacer unas cuantas llamadas para poder escaparme… Nos vemos luego.

Helen guardó el móvil en el bolso. Aparentemente, Nigel solía ir al Martinique. Pero, claro, ¿por qué no? Seguramente, invitar a los clientes era parte de su trabajo. En su mundo había tarjetas de crédito, billetes de primera clase, cenas caras en los mejores restaurantes…

Mientras ella tenía que viajar en tren y contar cada céntimo. Sus cenas consistían en una pizza con una botella de vino barato, en casa, con Lottie y sus amigas.

Nigel vivía en otro mundo y ella iba a necesitar mucha suerte para estar a su altura.

«Puedo hacerlo», se dijo a sí misma, quitándose el lazo negro y sacudiendo su pelo como para animarse. «Puedo hacer cualquier cosa, incluso salvar Monteagle».

Y nada iba a detenerla.

El momento de euforia desapareció al percatarse de que no tenía dinero ni para tomar un taxi.

Pero con la ayuda de la guía de Londres, descubrió que el Martinique estaba a unos dos kilómetros, de modo que podía ir caminando.

Lo encontró sin dificultad, aunque el paseo la había dejado agotada.

Cuando entró en el restaurante, el joven que estaba detrás del mostrador de recepción la miró de forma inquisitiva.

-¿Tiene reserva, mademoiselle?

-No exactamente… -empezó a decir Helen.

-Lo siento, pero el restaurante está completo. Quizá otro día tengamos el placer de servirla, mademoiselle.

-He quedado con alguien… Nigel Hartley.

El joven miró el libro de reservas.

-Ah, sí, monsieur Hartley tiene mesa reservada a la una, pero aún no ha llegado. ¿Quiere tomar una copa en el bar o prefiere sentarse?

-Prefiero sentarme, gracias.

-Muy bien. ¿Me da su chaqueta?

-No, gracias -contestó Helen.

-Entonces, sígame -el joven abrió una puerta de cristal y, de repente, el ruido de risas y conversaciones la dejó abrumada. Nigel tenía razón, aquel sitio debía de ser muy popular. Era una sala amplia, con ventanas a ambos lados y todas las mesas estaban ocupadas.

-¿Quiere que le traiga algo de beber, mademoiselle?

-Agua, por favor.

No tenía duda de que el Martinique era un sitio de moda, pero le habría gustado que Nigel eligiera un sitio más tranquilo. Y también que no fuera un restaurante francés. Aunque mejor no pensar en ello.

Quería hablar con su novio, pero la clase de conversación privada que tenía en mente no podía mantenerse a gritos.

Además, tendrían el resto de su vida para hablar, pensó.

Nigel llegaba diez minutos tarde y Helen empezaba a sentirse incómoda cuando el camarero apareció con una bandeja en la que había un vaso de agua mineral y una copa con un burbujeante líquido rosa. -Yo no he pedido nada… -Es Kir Royale, mademoiselle: champán y cassis. Por invitación de monsieur.

-Ah -sonrió Helen, aliviada. Nigel debía de haber llamado por teléfono para pedir que se lo - sirvieran, como disculpa por llegar tarde. El sabor de las grosellas mezclado con el espumoso champán era una delicia.

Pero diez minutos después, Nigel seguía sin aparecer y Helen llamó al camarero.

-¿Monsieur ha vuelto a llamar para decir que llegará tarde? Porque si es así, me gustaría tomar otro Kir Royale.

El camarero la miró, sorprendido. -No llega tarde, mademoiselle. Está aquí… -¿Está aquí? No, no, debe de haber un error. -No, mademoiselle. Ahí, al lado de la ventana. Helen volvió la cabeza y tuvo que tragar saliva. Porque monsieur era nada más y nada menos que Marc De la roche, sentado a una mesa con otros dos hombres. Al ver que lo miraba, levantó su copa en un silencioso brindis.

Helen apartó la mirada de inmediato, mortificada.

-¿La persona que me ha invitado… es ese hombre?

-Sí, mademoiselle.

-No tenía ni idea. De haberlo sabido, no habría aceptado. De hecho, tráigame la cuenta. Me voy.

-Pero si aún no ha comido… Además, aquí llega monsieur Hartley.

Y allí estaba Nigel, entrando en el restaurante como si esperase que el Mar Rojo se abriera a su paso. Alto, rubio e inmaculado con su traje azul y su corbata de seda.

-Ah, por fin nos vemos.

-Llevo aquí media hora -protestó Helen-. ¿Qué ha pasado?

-Ya te advertí que estaba muy ocupado -contestó Nigel, inclinándose para darle un furtivo beso en la mejilla-. La carta, por favor, Gaspard. Hoy no tengo mucho tiempo. De hecho, olvida la carta, quiero un filete en su punto y una ensalada.

-Yo tomaré lo mismo -suspiró Helen-. No quiero que llegues tarde por mi culpa.

-Muy bien -dijo Nigel, sin percatarse de la ironía-. Y una botella del tinto de la casa, Gaspard. Tan rápido como puedas. Ah, y un gin tonic. ¿Quieres tomar algo, cariño?

-Ya he tomado un Kir Royale.

-¿Y eso? ¿El camarero te convenció?

-No, pero no te preocupes. Uno es más que suficiente.

Mucho más que suficiente. Y no pensaba dejar que Marc Delaroche le estropease la comida con su novio.

-Me alegro tanto de verte, Nigel… ¿Sabes cuánto tiempo hace que no nos veíamos?

Él dejó escapar un suspiro.

-Lo sé, pero tengo tantísimo trabajo ahora mismo, que apenas me queda tiempo para nada.

-Tus padres también deben de echarte de menos.

Él se encogió de hombros.

-Están muy ocupados planeando el retiro de mi padre y arreglando la casa para ponerla en venta. ¿Sabes que están pensando irse a Portugal?

-¿Van a vender la casa? Pero, ¿qué vas a hacer tú? También es tuya.

-Mi vida está en Londres ahora. Estoy buscando una casa… Ah, mi gin tonic, por fin. Me hace falta. Llevo un día terrible…

Nigel empezó a contarle las vicisitudes del día y seguía haciéndolo cuando llegó la comida.

Helen no tenía mucho apetito. Y tampoco estaba demasiado interesada en el mercado financiero ni en la irresponsable actitud de ciertos clientes. Su cabeza estaba en otro sitio.

Algo estaba pasando. De repente, había habido un cambio fundamental en su vida y no sabía cuál era ni por qué estaba teniendo lugar.

Había pensado que Nigel viviría con ella en Monteagle una vez casados y que iría en tren a Londres a diario, como tantas otras personas. Después de todo, ella no podía dejar la casa.

Pero no quería hablar de ello en aquel momento porque Nigel miraba el reloj cada cinco minutos.

-Este fin de semana tenemos que hablar. ¿Podrías pasar el domingo en Monteagle?

-Este fin de semana, imposible. Es el cumpleaños del presidente del banco y va a hacer una fiesta en su casa, en Sussex -sonrió él, sin apenas mirarla-. Y ahora debo irme, lo siento. Tengo una reunión a las dos y media. La factura va directamente a mi despacho, así que pide un postre si quieres. Nos vemos luego.

Y después de tirarle un beso, Nigel se levantó y salió del restaurante, dejándola boquiabierta.

De nuevo, Helen estaba sola. Un hecho que, seguramente, no le habría pasado desapercibido a su adversario. Pero cuando se atrevió a mirar por el rabillo del ojo, comprobó que su mesa estaba vacía. Al menos, no había visto cómo la trataba Nigel, pensó. Y tampoco tendría que darle las gracias por el Kir Royale. Con un poco de suerte, no tendría que volver a verlo en toda su vida.

Había querido que aquel fuese un gran día. Pero desde que puso los ojos en Marc Delaroche, todo iba cuesta abajo.

Estaba tomando el bolso cuando apareció Gaspard, empujando un carrito.

-No, debe de haber un error -murmuró Helen, mientras el camarero colocaba sobre la mesa el café, el azucarero, dos copas y una botella de armagnac-. Yo no he pedido nada de esto.

-Lo he pedido yo -oyó la voz de Marc Delaroche-. Porque parece que lo necesita. No lo rechace, ma belle, je vous en prie.

Y antes de que Helen pudiera protestar, Marc Delaroche se sentó frente a ella, con una sonrisa en los labios.

Capítulo 2

PENSÉ que se había ido -dijo Helen sin pensar. Sus palabras implicaban que se había tomado la molestia de comprobar si estaba en su mesa.

-Sólo estaba despidiéndome de mis amigos -contestó él, sirviendo el café-. Antes de volver para ofrecerle un digestivo-añadió, sirviendo una generosa cantidad de armagnac en ambas copas-. Algo que su acompañante debería considerar, quizá -añadió meditativamente-. Si sigue comiendo a esa velocidad, acabará teniendo una úlcera.

-Gracias por su interés -replicó Helen, levantando la barbilla-. Se lo comentaré.

-Ésa es la idea. Supongo que ése es el hombre con el que piensa casarse en Monteagle…

-El mismo.

-Y después de todo, es obligación de una esposa cuidar de su marido… en todos los sentidos. ¿No le parece?

-Señor Delaroche, es usted una especie de… dinosaurio.

Marc Delaroche no dejó de sonreír.

-Y un hombre al que se le corta la digestión puede convertirse en una bestia, se lo aseguro. Y una chica guapa sola en un restaurante es contra natura -dijo entonces, levantando su copa-. Salut. -No necesito sus halagos ni su compañía. -Quizá no. Pero necesita mi voto en el patronato, de modo que podría hacer un esfuerzo y beber conmigo.

Helen tomó un sorbo de café. -¿Por qué ha elegido precisamente el Martini-que? -preguntó, después de un largo silencio.

-¿Sospecha que hay algún oscuro motivo? ¿Que la estoy siguiendo, quizá? Se equivoca. Me invitaron a venir mis acompañantes… que tienen intereses económicos en este sitio y querían mi opinión. Además, yo he llegado antes, así que podría acusarla de estar siguiéndome.

-Sí, claro, como que yo iba a hacer tal cosa -murmuró ella, furiosa.

-No, me temo que no. Es una pena. -¿Por qué hace esto? ¿Por qué me invita a tomar copas… por qué me obliga a soportar su compañía? Delaroche se encogió de hombros. -Porque quería verla cuando estuviese más relajada. Cuando se hubiera soltado el pelo, como dicen aquí. Está mucho mejor suelto, por cierto… ¿O por qué se lo recoge? -preguntó, echándose hacia atrás en la silla.

-Quería tener un aspecto profesional para la entrevista -contestó Helen-. ¿Va a decirme por qué tiene tanto interés en mí?

El levantó su copa y se quedó mirando el líquido oscuro.

-Su novio llegó tarde y se marchó pronto. Quizá sólo estoy

intentando compensar su falta de atención.

Helen se mordió los labios. -¿Cómo se atreve a criticarlo? No sabe nada de él. Nigel trabaja mucho para labrarse un futuro… y yo no me siento en absoluto frustrada.

-Me alegra saberlo, ma chérie. Temía que en la cama fuera tan rápido como en la mesa. Helen se quedó mirándolo, atónita. -No tiene ningún derecho a hablarme así… a especular sobre mi vida privada de esa forma tan desagradable. Debería darle vergüenza.

-Lo he dicho sólo porque me preocupa su felicidad, se lo aseguro. Ella se levantó, airada.

-Cuando consiga el dinero para restaurar Monteagle, seré feliz, monsieur. Y eso es lo único en lo que usted tiene algún interés. Muy buenas tardes.

Cuando salió del restaurante aún tenía la cara colorada. Sólo cuando estaba llegando a la boca de metro, se dio cuenta del miedo que había tenido de que la siguiera, de que la impidiera irse de Londres. Pero, por supuesto, no era así. Sólo era un predador, pensó, buscando una presa. La creía una mujer sola e indefensa y había querido probar suerte. Nada más.

Lo que Marc Delaroche ignoraba era que ella no sabía cómo era Nigel, o cualquier otro hombre, en la cama. Y nunca había hablado del asunto… aún con un desconocido.

pasaba físicamente, por supuesto.

No era tan ingenua. Pero no sabía qué esperar emocionalmente.

Pensaba que amar a Nigel sería suficiente y que él le enseñaría el resto. Había pasado algún tiempo desde la última vez que intentó llevarla a la cama, pensó entonces. Pero no iba a dejar que pasara más tiempo. Había llegado el momento.

Quizá fuera el miedo al rechazo lo que lo había alejado de ella. Estaba tan concentrada en su vida y en sus problemas, que no se había parado a pensar en los sentimientos de Nigel.

Estaba siendo completamente insensible, decidió. Y la tragedia era que le hubiese hecho falta alguien como Marc Delaroche para darse cuenta.

Pero a partir de aquel momento todo iba a ser diferente, se prometió a sí misma.

-No puedo creer que hayas vuelto tan pronto -exclamó Lottie mientras metía un pastel de riñones en el horno-. Tu llamada me pilló por sorpresa. No te esperaba hasta mañana. ¿No has visto a Nigel?

-Sí, sí, he comido con él -contestó Helen-. En uno de los restaurantes más modernos de Londres.

-Habéis comido, ya -suspiró su amiga-. Pensé que te invitaría a una

cena romántica y luego iríais j. su casa para disfrutar de una noche de pasión. Comer es una alternativa muy sosa.

Helen sonrió.

-La verdad es que estaba deseando salir de Londres.

-¿La entrevista con el patronato no ha ido tan bien como esperabas? -preguntó Lottie, dejándose caer sobre una silla.

-No lo sé. La mayoría de los miembros parecían interesados, pero quizá sólo estaban siendo amables.

-¿Y ese Marc Delaroche del que me has hablado por teléfono era uno de los que estaban interesados?

-No, ése no -contestó Helen, con los dientes apretados.

-Me lo imaginaba -rió Lottie-. Bueno, como te he visto muy alterada, he investigado un poco en Internet.

-¿Y has encontrado algo?

-Mucho. Delaroche es el presidente de Fábricas Roche, una empresa que construye edificios industriales… fábricas baratas y eficientes, especialmente en países en vías de desarrollo. La empresa ha ganado varios premios y lo ha hecho multimillonario.

-¿Y qué hace alguien así en el patronato de una fundación que se dedica a preservar edificios históricos? No tiene sentido.

-No lo sé, pero supongo que debe saber mucho sobre costes, gastos de construcción y cosas así -opinó Lottie-. Y sobre aplicar tecnología moderna a los trabajos de restauración. Los otros se preocupan de la estética, él del dinero.

Helen apretó los labios.

-Pues espero que la oficina en la que he estado gana no sea un ejemplo de su talento. Era horrible.

-Tengo varias páginas de información sobre él, pero no he encontrado ninguna fotografía.

-Mejor -murmuró Helen-. Ya sé cómo es físicamente.

«Y sé cómo me miraba», pensó, recordando el brillo burlón de sus ojos oscuros…

-Pero, gracias, Lottie. Siempre es mejor conocer a tu enemigo.

-Lo mejor es no tener enemigos -rió su amiga-. Especialmente, si son millonarios. ¿Le has contado a Nigel cómo ha ido la entrevista? Helen vaciló.

-La verdad es que tenía poco tiempo, así que no he podido contarle los detalles.

-Pero supongo que os veréis este fin de semana. -No, tiene que ir al cumpleaños de su jefe, en Sussex.

Lottie se quedó mirándola, muy seria. -¿Y no te ha pedido que vayas con él? -Pues… no -admitió Helen-. Pero no importa. Será una

de esas fiestas elegantes y Nigel sabe que no tengo nada que ponerme. Seguramente, ha querido ahorrarme un mal momento.

-Y también se le podría haber ocurrido comprarte un vestido -dijo Lottie-. Desde luego, puede permitírselo. 1 Helen se encogió de hombros.

-Pero no lo ha hecho. Y no importa, de verdad. Además, todo será diferente cuando estemos prometidos oficialmente.

-Eso espero -suspiró su amiga, sacando una botella de vino de la nevera.

-¿Y tú? -sonrió Helen, deseando cambiar de tema-. ¿Sabes algo de Simón?

El rostro de su amiga se iluminó.

-El dique está casi terminado y vuelve a casa el mes que viene. Sólo estará aquí dos semanas, pero eso es mejor que nada… y vamos a hablar sobre los planes de la boda. Simón me ha dicho que, a partir de ahora, sólo piensa aceptar contratos en los que pueda acompañarle su mujer, así que creo que me echa de menos.

Helen soltó una carcajada.

-No puedes irte de aquí. ¿Cómo van a comer en el pueblo si cierras tu empresa de catering?

-Prometo no marcharme antes de tu boda -rió Lottie-. Así que, por favor, elige una fecha.

-Lo haré -prometió Helen. Iba pensativa mientras volvía a casa. Había llovido una hora antes y el aire olía a tierra y a hierba mojada.

Estaba encantada de la felicidad de Lottie pero, al mismo tiempo, no podía evitar una punzada de envidia.

Ojalá su vida fuera tan bien como la de su amiga.

Sin embargo, a Nigel parecía irle perfectamente bien sin ella, pensó tristemente. Si hubiesen hablado aquel día, quizá podrían haber disfrutado de una cena romántica… quizá le habría comprado un vestido, un anillo. Y la habría llevado a Sussex. Y se lo habría contado a todo el mundo: «Ésta es mi prometida. Sencillamente, no podía dejarla sola».

Había empezado el día con tal optimismo y determinación… pero ahora tenía miedo. Nada había salido según sus planes. Y, a muchos kilómetros de distancia, en un cubículo de acero y cristal, su destino seguramente ya había sido sellado.

«Necesito a Nigel», pensó. «Necesito que me abrace y que me diga que todo va a salir bien, que Monteagle está a salvo».

Helen atravesó el arco de entrada y se detuvo en el patio, mirando la casa a la luz de las estrellas. Con esa luz parecía una fortaleza inexpugnable, pero ella sabía que no era verdad.

Y no era sólo su futuro el que se veía amenazado. Estaban los Marland, George y Daisy, que trabajaban en la casa desde la época de su abuelo, como jardinero y cocinera respectivamente. Cuando el resto del servicio empezó a macharse, George y Daisy se quedaron. Helen dependía de ellos por completo, pero sabía que no podía garantizar su futuro… especialmente si Trevor Newson compraba Monteagle.

-Yo necesito gente joven -le había dicho-. Contrataré personal nuevo.

«No vas a contratar a nadie», se había dicho Helen a sí misma.

Ojalá siguiera siendo tan valiente, pensó. Aun así, no pensaba dejar de luchar.

Monteagle abría al público los sábados durante el verano. Marión Lowell, la mujer del vicario, que era historiadora, hacía de guía, mostrando las ruinas medievales y aquellas zonas de la casa jacobina que no se usaban a diario.

Su abuelo se había visto obligado a vender los libros de la biblioteca, que Helen usaba como cuarto de estar. Tenía una vista preciosa del jardín y el lago, de modo que, aunque estaba amueblada con cosas que había conseguido aquí y allá, seguía siendo un sitio acogedor.

Si hacía buen tiempo, los sábados, Helen y Daisy Marland servían el té a los turistas en el patio, con pastelitos caseros. Y como parecía que iba a ser un día soleado, Helen se pasó el viernes en la cocina.

Le habían notificado que un grupo de turistas, que viajaban en un tour con el deprimente nombre de «Rincones olvidados de la historia», llegaría a media tarde, de modo que le pidió a George que montase un tablero con borriquetas en el patio y lo cubrió después con uno de los pocos manteles elegantes que le quedaban. Después, colocó un jarroncito con flores silvestres en medio de la mesa y se dio por satisfecha. Aquello no costaba mucho dinero y quedaba bien. En el libro de visitas, los turistas siempre anotaban lo agradable que habían sido el té y los pastelitos de mantequilla, que servían con mermelada casera.

Por una vez, el grupo de turistas llegó a su hora y, cuando terminó el primero, llegó el segundo. Aunque Monteagle cerraba oficialmente a las seis, era bastante más tarde cuando el último de los turistas desapareció.

Después de recoger la mesa, Helen colgó el voluminoso mandil blanco que solía usar en tales ocasiones, se quitó las sandalias y paseó por el jardin hacia la orilla del lago. La frescura de la hierba era deliciosa para sus doloridos pies y el agua tenía el habitual efecto calmante para sus nervios. Si todos los días fueran así, pensó. Aunque

Nigel no lo aprobaría, claro. -Trabajando de camarera… ¿qué crees que diría tu abuelo? -solía protestar.

-No diría nada. Sencillamente, se remangaría la camisa y me echaría una mano.

Además, pensó, el problema era Celia, la madre de Nigel, una mujer esnob, que se creía superior a todo el mundo. Le gustaba que Helen hubiera heredado Monteagle, pero en su opinión debería haberla heredado con el servicio al completo y un conveniente baúl lleno de joyas. De modo que no se solidarizaba con ella.

Suspirando, Helen movió los hombros para relajarse. Tenía la tentación de quitarse la ropa, como hacía algunas veces, y tirarse al agua de cabeza.

Eso era lo que le pasaba cada vez que pensaba en la madre de Nigel. ¿O no?

Porque se percató de que experimentaba la extraña sensación de que alguien en alguna parte la estaba observando.

Se volvió, agitada, y enseguida vio que era la señora Lowell, que se dirigía hacia ella, toda sonrisas.

-Qué tarde tan maravillosa -exclamó, moviendo la caja en la que guardaban el dinero de las entradas-. No hemos tenido que soportar a ningún niño maleducado y hemos vendido todos los folle-tos ¿Crees que Lottie podría imprimir más?

-Claro que sí. Se lo comenté el otro día y estarán listos la semana que viene -contestó Helen.

-La verdad es que estos turistas parecían genuinamente interesados. No como otros, que parece que se han quedado dormidos y han despertado en el autobús equivocado. Han hecho todo tipo de preguntas… al menos uno de ellos, y al final me ha dado una propina muy generosa, que he echado en la caja, por supuesto.

-No debería hacer eso -la regañó Helen-. Sus comentarios sobre la historia de la casa son maravillosos… y ya sabe que me encantaría poder pagarle.

-No, no…

-Pero si alguien le da una propina, debería quedársela.

-Me encanta hacer de guía -replicó la señora Lowell-. Además, así salgo de casa mientras Jeff está preparando el sermón -añadió, con tono conspirador-. Aparentemente, hasta el ruido de una aguja cayendo al suelo puede interrumpir el flujo creativo. Menos mal que Em ha conseguido un trabajo para el verano porque con el ruido que hace… Además, me alegro de que no haya estado aquí para ver a la

estrella del grupo.

-¿A quién? -preguntó Helen.

-Tienes que haberlo visto. Muy atractivo, pero de forma poco convencional. El tipo de hombre que Em describiría como «sexo con patas»… aunque espero que no lo haga delante de su padre. Aún no se le ha pasado el susto del piercing en el ombligo.

Helen la miró, sorprendida.

-No he visto a ningún turista guapo en el grupo. Todos parecían mayores, ¿no? -preguntó, sonriendo-. A lo mejor no ha ido a tomar té con pastelitos porque eso habría dañado su imagen de sex symbol.

-Pues es una pena que no lo hayas visto. Y tenía un acento precioso… francés, creo.

Helen abrió mucho los ojos.

-¿Francés? ¿Está segura?

-Sí, creo que sí -contestó la mujer del vicario-. ¿Ocurre algo?

-No… no, no. Es que por aquí no suelen venir muchos turistas extranjeros, aparte de algún americano. Me parece raro, eso es todo.

Pero eso no era todo.

Siempre había disfrutado de la paz de la casa tras la visita de los turistas, cuando se reunían en la cocina para contar el dinero y tomar los pasteles que habían sobrado. Pero no aquel día. Helen no podía dejar de recordar la sensación de ser observada que había tenido a la orilla del lago… aunque era un alivio no haberse dejado llevar por la tentación de quitarse la ropa.

Por supuesto, había muchos turistas franceses en Inglaterra y su visitante seguramente sería un completo extraño, pero… tenía la impresión de que su encuentro con Marc Delaroche en el Martini-que ya era coincidencia más que suficiente. Era él, pensó. Tenía que serlo… En cuanto la señora Lowell se marchó, Helen se acercó al vestíbulo para mirar en el libro de visitas, colocado en una impresionante mesa de refectorio.

No tuvo que buscar mucho. La firma de Marc Delaroche era la última, arrogantemente colocada al final de la página.

Helen se irguió, respirando profundamente. Su visita no era un secreto. Claramente, Marc Delaroche quería que supiera que había estado allí.

Ojalá lo hubiera sabido antes, pensó. Pero no había necesidad de volverse paranoica. Había estado allí, había visto Monteagle en un día normal y estaba de vuelta en Londres, sin molestarla en absoluto. De modo que quizá había aceptado que no quería saber nada de él y, a partir de entonces, sus encuentros fueran estrictamente profesionales.

Además, que los turistas lo hubieran pasado tan bien jugaría a su

favor frente al patronato.

Así era como pensaba ver el incidente, decidió, cerrando el libro de visitas.

Helen despertó temprano por la mañana, pero no había dormido tan bien como habría deseado. Las preocupaciones y las responsabilidades le pesaban demasiado.

En cuanto se levantase la neblina de la mañana, iba a hacer un día precioso, pensó, apartando el edredón. Y como no solía hacer buen tiempo en aquella zona de Gran Bretaña, pensaba disfrutarlo todo lo posible.

Decidió que pasaría el día en el jardín, ayudando a George a cortar las malas hierbas… pero antes iría en bicicleta al pueblo para comprar el periódico.

George estaba esperándola en medio del camino cuando volvió, pedaleando en su bici.

-Muy bien, negrero, ya voy. ¿Es que no puedo tomar una taza de café siquiera?

-Daisy acaba de decirme que tiene usted visita. Será mejor que no le haga esperar, señorita Helen.

Helen se percató entonces de que su corazón se había acelerado.

-¿Te ha dicho Daisy quién era?

-No, sólo que había venido un señor a verla.

Ella sabía, por supuesto, quién era.

Su impulso inmediato fue enviar a George con el mensaje de que no había vuelto del pueblo, pero eso era absurdo. Para empezar, Daisy se alarmaría y enviaría un equipo de rescate a buscarla. Por otro lado, su visitante pensaría que tenía miedo de verlo y eso le daría ventaja. Una ventaja que Helen no pensaba darle.

Sorprendida, fría y formal, decidió. Así iba a portarse.

Por supuesto, también podría ser Nigel, que hubiera vuelto de Sussex por alguna razón, porque la echaba de menos quizá. Pero lo dudaba.

Y deseaba que no fuera Nigel porque llevaba unos viejos vaqueros, un polo ancho y el pelo sujeto en una coleta medio despeinada. Y sabía que no le gustaba verla así.

Pero, fuera quien fuera el visitante, tenía que ponerse un poco más presentable. De modo que36

entraría en la cocina sin que la vieran y subiría a su habitación…

Pero él, el extraño, se adelantó, porque estaba en la cocina, sentado frente a la mesa y comiendo tranquilamente un sandwich de beicon mientras Daisy le servía una taza de café, con expresión embelesada.

Helen se detuvo abruptamente.

-¿Qué hace usted aquí? -le espetó.

Marc Delaroche se levantó. Con unos pantalones de color caqui y una camiseta negra de manga corta no parecía un hombre de negocios. Más bien un matón de los callejones de Marsella.

-Como ve, mademoiselle, estoy desayunando -contestó él-. Su ama de llaves es un ángel que se ha apiadado de mí.

Helen intentó suavizar el tono:

-Supongo que ayer vio todo lo que tenía que ver, de modo que ¿qué hace en Monteagle?

-Tenía cosas que hacer por aquí -contestó Delaroche-. Así que decidí pasar la noche en el Monteagle Arms.

Ella levantó una ceja.

-¿Y no ofrecen desayuno?

-Por supuesto. Pero después de la cena que sirvieron anoche, no me atreví a pedir un petit dejeuner. ¿Puedo seguir? -preguntó Marc Delaroche, señalando su sandwich.

-¿Café, señorita Helen? -sonrió Daisy, colocando otra taza sobre la mesa.

-Sí, por favor.

Helen acababa de recordar que aquel día no llevaba sujetador, un hecho del que, sin duda, Marc Delaroche se daría cuenta. Enfadada, tomó un sorbo de café y se quemó la lengua.

-¿Qué cosas tenía que hacer por aquí? Supongo que tiene algo que ver con la casa. Después de todo, ¿qué otra cosa podría usted hacer en Monteagle?

-Nada, por supuesto -asintió él.

-¿Entonces?

-No pude ver todas las habitaciones ayer porque su encantadora guía me dijo que eran habitaciones privadas. Quizá podría usted enseñármelas hoy.

Helen dejó su taza sobre la mesa.

-¿Es necesario?

-Lo es -contestó Delaroche-. O no se lo pediría. Su solicitud incluía toda la casa, no sólo una sección. Espero que lo entienda.

-Ya, claro.

-Además, entre sus habitaciones privadas están algunas de importancia histórica, como la biblioteca y la galería. Y también el dormitorio principal. Supongo que es ahí donde duerme -sonrió él-. Espero que la pregunta no le parezca poco delicada.

-Nunca he dormido allí -contestó Helen con frialdad-. Era la habitación de mi abuelo y no pensaba abrirla al público.

-¿Aunque uno de sus reyes la usó en un ren-dez-vous romántico? Carlos I, creo recordar.

-Carlos II -le corrigió ella-. Supuestamente, vino aquí para seducir a la hija de un antepasado mío, que había huido de la corte escapando de él.

Delaroche levantó una ceja.

-¿Y tuvo éxito?

-No tengo ni idea. Además, sólo es una leyenda. Y no creo una palabra… ¡Aunque a mí me pusieran el nombre de esa doncella!

-Que dommage -murmuró él.

-Sir Henry decía que era verdad -intervino Daisy.

-A mi abuelo le gustaba tomarle el pelo a la gente. También decía que la habitación estaba encantada.

-¿Y cree que si durmiera allí se despertaría al lado de un fantasma? -bromeó Delaroche.

-En absoluto. Sencillamente, prefiero mi propia habitación.

-Hasta que se case, supongo. Cuando tenga un hombre de carne y hueso a su lado en la cama, no habrá sitio para fantasmas.

-¿Por qué tiene que hablar siempre con tanta franqueza? -le reprochó Helen.

Él se encogió de hombros.

-El matrimonio es una relación franca. Pero leyenda o no, el dormitorio principal debería estar abierto al publico. Espero que me permita ser el primer visitante.

Helen terminó su café.

-Como quiera, monsieur. ¿Quiere subir ahora?

—Pourquoi pas?

A Helen se le ocurrían muchísimas razones. Y estar a solas con el señor Delaroche era una de ellas.

Pero no estaba segura de si era él en quien no confiaba o en ella misma.

Capítulo 3

HELEN seguía intentando recuperarse de aquella sorprendente revelación mientras entraban juntos en la biblioteca. Nerviosa, metió las manos en los bolsillos de su pantalón para soportar la inevitable inquisición del francés, pero durante unos minutos Marc Delaroche miró las estanterías vacías en silencio.

-¿Era una colección valiosa? -preguntó por fin.

-Sí, mucho. Mi abuelo se vio obligado a venderla en los ochenta, junto con un buen número de cuadros. Se le rompió el corazón, pero así consiguió dinero para mantener la casa.

Él sacudió la cabeza mientras observaba los muebles, las paredes desconchadas y las antiguas cortinas de terciopelo oscuro.

-¿Es aquí donde pasa su tiempo libre?

-Sí, cuando lo tengo. En Monteagle siempre hay cosas que hacer.

-¿Y no le parece un sitio un poco triste?

-En invierno es muy acogedor -replicó ella, a la defensiva-. Hay mucha leña por aquí, así que enciendo la chimenea.

-¿Seguimos? -preguntó Delaroche, haciendo un gesto con la mano.

La verdad era que se sentía incómoda con la presencia de aquel hombre. Aunque él mantenía las distancias mientras subían la gran escalinata que llevaba a la galería, se sentía acorralada. Las paredes forradas de madera parecían obligarlos a acercarse el uno al otro… Una ilusión, por supuesto, pero una ilusión turbadora.

«Debería haberle pedido a Daisy que le enseñara la casa», pensó Helen.

-Aquí es donde la familia solía reunirse… incluso hacían ejercicio durante el invierno.

-Supongo que entonces no habría agujeros en el suelo.

Ella se mordió los labios.

-No, ésa es una de las cosas que hay que reparar.

Delaroche se había detenido para admirar los cuadros que colgaban de las paredes de la galería.

-¿Son parientes suyos, antepasados?

-Son los más feos, los que mi abuelo pensó que no se venderían nunca -intentó bromear Helen.

-Yo diría que el problema es la pobre calidad de las obras.

-No son muy buenas, no. Pero supongo que antes nadie pagaba los honorarios de un Joshua Reynolds para pintar niños o tías solteronas.

-De modo que los retratos de los hijos se vendieron, sans doute, para luchar contra mis compatriotas en alguna que otra guerra -

comentó Delaroche, con una sonrisa-. Mientras las tías permanecían solteras.

-Supongo que sí.

-¿No hay ningún retrato de la doncella a la que tanto deseaba el rey Carlos?

-Sí -contestó Helen-. Mi abuelo no quiso separarse de él. Está en el dormitorio principal.

-Estoy deseando verlo. En avant, ma belle.

-¿Le importaría no llamarme eso? ¿Qué diría usted si le recibiera con un: «hola, guapo»?

-Le aconsejaría que visitara a un oculista -contestó él, burlón-. Dígame una cosa, mademoiselle. ¿Por qué le molesta que un hombre le diga que es atractiva?

-No me molesta… cuando es el hombre adecuado.

-¿Y yo no lo soy? -preguntó Delaroche, divertido.

-¿Tiene que preguntarlo? Ya sabe que estoy comprometida.

-Por supuesto. ¿Dónde está su prometido, por cierto?

-No ha podido venir este fin de semana -contestó Helen, apartando la mirada-. Aunque no es asunto suyo.

-¿Y cuántos fines de semana antes de éste?

-¿Cómo dice?

-No sé si lo sabe, pero en el pueblo la gente habla…

-No debería hacer caso de los rumores, monsieur.

-Se aprenden muchas cosas escuchando rumores -replicó Delaroche-. Y no sólo sobre su novio ausente. También hablan de sus esfuerzos para conservar la casa.

-¿Ah, sí? ¿Y qué dicen?

-Las opiniones están divididas: algunos piensan que es usted muy valiente, otros que está loca, pero nadie piensa que pueda ganar.

-Qué amables -dijo Helen, entre dientes-. ¿Sabían quién era usted?

-Yo no he dicho nada -se encogió de hombros-. Hablaban de su abuelo con afecto, pero no de sus padres. Y usted tampoco habla de ellos. Eso me resulta extraño.

-Apenas los conocí. Se fueron de Gran Bretaña cuando yo era muy pequeña y fue mi abuelo quien me crió, con la ayuda de varias niñeras. Por eso teníamos una relación tan estrecha.

Marc Delaroche frunció el ceño.

-El trabajo de mi padre también lo obligaba a viajar mucho, pero yo iba con él.

-Mi padre no trabajaba… bueno, no trabajaba como todo el mundo. Lo habían educado para cuidar de Monteagle, pero después del desastre económico ya no había nada que hacer. Además, sabía

que no tendría un hijo que heredase la finca. Mi madre, a quien adoraba, se puso muy enferma cuando yo nací y no pudo tener más hijos. Así que el apellido iba a perderse.

-Pero tenía una hija. ¿No se le ocurrió que debía preocuparse por lo que iba a heredar usted?

-No tuve ocasión de preguntarle -sonrió Helen, con tristeza-. En mi familia siempre ha habido afición por el juego, grandes fortunas se han ganado y perdido a lo largo de los años, y mi padre era un gran jugador de póquer. Tenía muchos amigos entre los ricos y famosos, de modo que viajaba con mi madre, alojándose en casas de parientes y conocidos, y ganaba dinero con el póquer y el backgammon. A veces, incluso ganaba lo suficiente como para enviar algo a casa.

-Pero un día se acabó su suerte, ¿no?

Ella asintió, mientras seguía caminando por el pasillo.

-Estaban en el Caribe, volando en el avión privado de un amigo. Hubo un fallo mecánico y el avión se estrelló en el mar; todos los que iban a bordo murieron. Mi abuelo se quedó destrozado. Desde entonces, perdió las ganas de luchar por Monteagle. Se resignó a su destino y, en lugar de pelear, se limitó a sobrevivir. Pero ahora Monteagle es mi casa y yo quiero algo más que eso.

-¿Le duele contarme estas cosas? -preguntó Delaroche, con sorprendente suavidad.

-Todo es parte de la historia, así que supongo que tiene derecho a preguntar -suspiró Helen, abriendo una puerta-. Éste es el dormitorio principal.

Las cortinas estaban cerradas y, cuando las abrió, millones de motitas de polvo parecieron flotar en los rayos de sol que iluminaban un dormitorio grande, las paredes cubiertas con un antiguo papel de brocado. En medio de la habitación, una cama con dosel. Sólo estaba el colchón, aunque los antiguos cortinajes de satén seguían en su sitio.

-Como ve, no se ha usado desde que mi abuelo murió -explicó Helen, señalando una puerta-. Esa puerta lleva al vestidor, que siempre pensó convertir en cuarto de baño.

-No es muy grande, así que habría que tirar algún muro, ¿no?

-No lo sé, quizá.

Marc Delaroche se acercó a la chimenea y observó el cuadro que colgaba sobre ella. La joven, con un halo de tirabuzones alrededor de la cara, parecía mirarlo con timidez. Llevaba un vestido de seda claro, un collar de perlas y una rosa en la mano.

-No sé cuánto tiempo resistiría antes de rendirse ante el rey -murmuró.

-¿Cree que se rindió? -preguntó Helen.

-Estoy seguro. Sólo tiene que mirar su boca. Fíjese.
Ella se acercó.
-¿De qué está hablando?
-Mire ese rostro. Quiere parecer una dama virtuosa, pero sus labios están entreabiertos y el inferior está hinchado, como si la hubieran besado…
-Creo que tiene usted mucha imaginación, monsieur -lo interrumpió Helen, incómoda.
-Y yo creo que usted, mademoiselle, se esfuerza demasiado por no tenerla -replicó él, en un susurro.
Antes de que pudiera evitarlo, Marc Delaroche levantó una mano y pasó un dedo por sus labios, trazando la curva antes de introducirlo en su boca suavemente.
Habría sido menos íntimo, menos sorprendente, que la hubiera besado.
Helen dio un paso atrás, indignada.
-¿Cómo se atreve a tocarme?
-Una respuesta convencional. Qué decepción.
-Va a estar algo más que decepcionado, señor Delaroche, se lo aseguro. Porque pienso informar al Patronato de cómo ha abusado de su confianza y de la mía mientras estaba inspeccionando la casa. Y espero que lo despidan… por mucho dinero que tenga.
-Lamento decir esto, mademoiselle, pero está usted equivocada. Al patronato no le interesa mi visita a Monteagle. He venido por decisión propia.
-Pero ha estado haciendo preguntas…
El se encogió de hombros.
-Sentía curiosidad. Quería ver la casa que tanto significa para usted.
Helen señaló la puerta.
-Pues la visita ha terminado, así ya puede irse.
-Pero también he venido porque quería verla otra vez. Y preguntarle una cosa.
-Pregunte lo que quiera y márchese.
-¿Quiere acostarse conmigo? -preguntó Delaroche entonces.
Helen se quedó estupefacta.
-Creo que ha perdido usted la cabeza.
-Aún no -contestó él, mirándola de arriba abajo-. Para eso, aún falta algún tiempo, me temo.
-¿Cómo se atreve a hablarme así? ¿Cómo se atreve a insultarme de esa forma?
-¿Dónde está el insulto? Estoy diciendo que la deseo y que la he

deseado desde el primer momento. Y, por favor, no me diga que no se había dado cuenta, lo he dejado bien claro.46

-Parece olvidar usted, monsieur Delaroche, que estoy prometida con otro hombre -replicó Helen.

-Yo creo que es él quien lo ha olvidado.

-¿Y cree que porque Nigel no esté aquí me volvería hacia usted para buscar… consuelo? Por favor… ¿por quién me toma? Amo a Nigel y pienso casarme con él. Y lo esperaré para siempre si es necesario. Aunque no creo que alguien como usted pueda entender eso -dijo ella, despreciativa.

Mar Delaroche la estudió, en silencio.

-Se equivoca, querida. Parce que, en fin, je comprends tout -dijo por fin-. Veo que tendré que ser paciente con usted, Héléne, pero la recompensa merece la pena.

-¡Será posible! -exclamó Helen-. ¿Cree que voy a dejar que vuelva a tocarme?

Delaroche tiró de su brazo antes de que hubiera terminado la frase y la apretó contra su pecho, dejándola sin aire. Nada en la vida la había preparado para aquello. Luego inclinó la cabeza y buscó sus labios. Se tomó todo el tiempo del mundo, explorando, acariciando, dejándola sin aliento.

-¿Lo ve? No ha pasado nada -dijo luego, mordiendo suavemente su mano-, Au revoir, ma belle. Y recuerde esto… en mi próxima visita, pienso pasar la noche aquí.

Y se marchó, dejándola allí, muda y atónita, con una mano sobre el palpitante corazón.

-Las hierbas que está arrancando son plantas, señorita Helen -la regañó George.

-Ah, perdón. Lo siento.

Había esperado que trabajar en el jardín la hiciese olvidar el episodio con el odioso Delaroche, pero no estaba funcionando.

Había llamado a Nigel para pedirle que fuese a Monteagle, pero tenía el móvil apagado. Y aunque hubiera podido localizarlo, ¿qué iba a decirle, que necesitaba que la abrazara y la besara para borrar el sabor de otro hombre?

El único hombre, en realidad, que la había besado con pasión.

Aún le temblaban los labios, pero quizá estaba dándole demasiada importancia. Delaroche había querido ver hasta dónde podía llegar, eso era todo. Era la clase de situación que podría haber controlado si fuera un poco más sofisticada. Incluso podría haberse reído del asunto, contárselo a Nigel como una anécdota: «Ya puedes pedirme que me case contigo, querido, porque hay alguien que se te quiere

adelantar».

Y él también se habría reído porque sabía que Helen no había mirado a ningún otro hombre desde que tenía trece años.

Pero lo mejor sería olvidar el asunto. Marc Delaroche simplemente se había estado divirtiendo y, con toda seguridad, ya tendría otra presa en mente. Además, no perdería el tiempo arriesgándose a otro rechazo.

La había llamado «ma belle», pero eso no era más que una técnica de seducción porque ella no era bella en absoluto. Moderadamente atractiva, sí. Y él lo sabía. Probablemente, habría pensado que caería en sus brazos por gratitud, se dijo a sí misma, clavando salvajemente la pala en las raíces de una mata.

El problema era que, aunque no le gustaba Marc Delaroche, necesitaba su apoyo en el Patronato.

Lo que no entendía era el porqué de su interés. Ella no había hecho nada para animarlo, todo lo contrario.

Al mismo tiempo, se sentía absurdamente deprimida. No lo quería como amante, por supuesto. Ni siquiera lo elegiría como amigo, pero tampoco lo quería como enemigo, pensó Helen, suspirando sin saber muy bien por qué.

El sol se escondió aquella tarde tras un banco de nubes y el día siguiente amaneció gris y lluvioso.

Si el tiempo seguía así, los turistas no acudirían durante el fin de semana, pensó Helen, deprimida.

Como no podía trabajar en el jardín, se dedicó a una tarea aún más deprimente: las cuentas de la casa. Luego ayudó a Daisy a hacer pasteles que guardaron en el congelador y esperó fervientemente que llegase el correo. El presidente del patronato había dicho que tendría la respuesta antes de finales de mes y la fecha se acercaba rápidamente. Sólo esperaba que no tener noticias fueran buenas noticias Afortunadamente, Marc Delaroche no había vuelto a ponerse en contacto con ella. Quizá había decidió retirarse del todo. Pero pensar en él hacía que se sintiera incómoda y sus intentos por olvidarse de él no estaban dando resultado.

Habría sido todo mucho más fácil si pudiera hablar con Nigel, pero tenía el móvil apagado. De modo que lo llamó a la oficina, pero allí le dijeron que estaría toda la semana en Luxemburgo. Y cuando pidió que le dieran el nombre del hotel en el que se hospedaba, la secretaria respondió que no daban ese tipo de información.

Helen sabía que Nigel viajaba a menudo. Además, estaría de vuelta el fin de semana porque era el cumpleaños de su madre.

No sabía si iban a celebrarlo, pero compró una tarjeta con la

fotografía de un gato persa que era igual que el malhumorado espécimen al que tanto adoraba la señora Hartley y se la envió con una notita de felicitación, cortés pero fría, porque su relación con la madre de Nigel nunca había sido muy buena. Esa era la razón por la que habían retrasado el compromiso oficial.

-Se le pasará. Es que necesita tiempo para acostumbrarse a la idea -le había dicho Nigel-. Y a ti.

¿Acostumbrarse a ella? La conocía desde los trece años, pensaba Helen. Y ni siquiera entonces parecía caerle demasiado bien.

Pero ése era problema de la señora Hartley, decidió. Sospechaba que la madre de Nigel era la clase de madre a la que ninguna mujer le parece suficientemente buena para su hijo. Pero no lograría nada retrasando el compromiso.

Porque, fuera cual fuera la decisión del patronato de Restauración Internacional, iba a necesitar el apoyo de Nigel más que nunca y él lo sabía.

La exasperaba que Marc Delaroche, aunque sus motivos fueran despreciables, se hubiera tomado más interés por la casa que su novio. Y también tenía razón sobre el dormitorio principal; a su abuelo no le habría gustado que estuviera cerrado. Debería abrirse al público. La historia de Carlos II y su amada doncella sería muy romántica para los turistas.

Helen subió a la habitación con un cuaderno y empezó a anotar las reparaciones más urgentes: había que arreglar los adornos de escayola del techo, el papel de la pared… La antigua alfombra turca era insalvable, pero escondía unos suelos de madera que el inspector había declarado libre de carcoma veinte años antes. Y ella esperaba que siguiera siendo así.

Los cortinajes de la cama estaban desintegrándose, pero el bordado permanecía intacto.

La señora Stevens, de la oficina de correos, una costurera fenomenal, le había dicho que, si se recortaban cuidadosamente los bordados, podían coserse en una tela nueva y sugirió que el grupo de costura del Centro Cultural se encargara del trabajo.

Pero primero tendría que comprar una tela, pensó Helen, haciendo cálculos. Al menos sabía cuáles eran las prioridades, pensó, aunque la exasperaba que hubiera sido precisamente Marc Delaroche quien la hubiese alertado de la importancia de esa habitación.

Si conseguía el dinero del patronato de Restauración Internacional, casi podría estarle agradecida, pensó. Casi.

Estaba en la cocina el viernes por la noche, intentando calcular en qué tanto por ciento habría aumentado el presupuesto de restauración

que dejó su abuelo cuando Lottie llegó con un montón de folletos.

-¿Alguna noticia que darme?

-Aún no -suspiró Helen-. Y pensé que sabría algo esta semana.

-Me refería a algo más personal -sonrió Lottie-. ¿Estás sola?

-¿A quién esperabas?

-Pensé que Nigel estaría aquí. ¿Dónde está?

-Creo que llega mañana. Pero no sé nada -contestó Helen, llenando la cafetera.

Su amiga frunció el ceño.

-Pero si he visto su coche en casa de sus padres hace un rato.

-¿Qué?

-Pensé que había venido a darles la noticia…

-¿Qué noticia?

-Oh, no. No me digas que he vuelto a meter la pata -suspiró Lottie.

-¿De qué estás hablando?

-La señora Hartley me llamó esta tarde porque quiere que organice un «buffet muy especial» para el mes que viene. Parecía tan encantada, que me temo que saqué conclusiones precipitadas. Lo siento, cariño.

-Supongo que Nigel quiere darme una sorpresa -murmuró Helen, poco convencida-. Aunque no creo que su madre esté precisamente encantada. Puede que le caiga mejor de lo que creía…

-No debería haberte dicho nada -suspiró su amiga.

-No te preocupes. Te aseguro que cuando vea a Nigel me haré la sorprendida.

No sería difícil, pensó, cuando volvió a quedarse sola. Le sorprendía que Nigel no respondiera a sus llamadas. ¿Estaba en Monteagle y no se había molestado en pasar por su casa?

Enfadada, marcó el número de sus padres. Esperaba que contestase Nigel, pero no tuvo suerte.

-Ah, Helen -suspiró su madre, sin disimular su irritación-. Me temo que llamas en mal momento. Tenemos invitados.

-Lo siento -se disculpó ella-. Pero es que tengo que hablar con Nigel.

-Esta noche no -contestó la señora Hartley con frialdad-. Si es algo importante, puedo decirle que te llame mañana.

«No es nada importante, sólo mi futuro», pensó Helen, furiosa.

-Gracias. Espero su llamada.

Tenía una premonición. Algo iba mal. Y cuando consiguiera hablar con Nigel, la antipatía de la señora Hartley iba a ser uno de los temas de conversación.

Cuando despertó a la mañana siguiente, hacía sol, pero

desapareció poco después.

Impredecible, pensó Helen, mientras se vestía. Como su propia vida. Pero al menos no estaba lloviendo y esperaba la visita de los turistas, como el fin de semana anterior.

Sin Marc Delaroche, por supuesto.

Iba hacia la cocina cuando vio que la furgoneta del correo desaparecía por el camino.

-¿Ha llegado algo importante?

-Un par de facturas -contestó Daisy-. Y esto -añadió, mostrándole un imponente sobre color crema con el logo de Restauración Internacional.

A Helen se le encogió el estómago. Nerviosa, tomó un cuchillo y rasgó el sobre.

La palabra «Lamentamos» fue lo primero que vio. Era innecesario que siguiera leyendo, pero lo hizo de todas formas… leyó las breves y amables líneas que significaban el fracaso.

George había entrado en la cocina y estaba al lado de su esposa, ambos mirando a Helen con expresión angustiada.

-No hemos tenido suerte -murmuró-. Financian la renovación de edificios que han sufrido daños a causa de un terremoto, un incendio o alguna catástrofe natural. Y parece que los tejados rotos y los suelos con carcoma no son catástrofe suficiente.

-Lo sentimos mucho, señorita Helen.

Ella se mordió los labios para no llorar.

-¿Eso significa que tendrá que vender Monteagle al señor Newson? -preguntó George.

-No -contestó ella-. No pienso hacer eso. Nunca le venderé esta casa.54

Había algo más en el sobre, una nota del presidente del patronato, escrita de su puño y letra:

El señor VanStrutten y monsieur Delaroche insistieron mucho a su favor, pero al final fue una decisión tomada por mayoría. Lo lamento.

Helen arrugó el papel, furiosa. ¿Ese hipócrita hablando a su favor? Increíble.

-Tiene que haber algo, alguien más a quien pueda pedirle ayuda. Voy a llamar a Nigel para pedirle consejo.

-Hasta ahora, no la ha ayudado mucho -murmuró George.

-Pero tiene que hacerlo. Tiene que encontrar la forma de ayudarme.

Helen lo llamó al móvil.

-¿Sí? -contestó Nigel enseguida. Parecía cansado, molesto.

-Nigel, tienes que venir, por favor. Tengo que verte.

Al otro lado del hilo hubo un silencio.

-Mira, Helen, éste no es buen momento.

-Te aseguro que para mí tampoco. Ha ocurrido algo y necesito que me aconsejes -insistió ella-. ¿Quieres que vaya yo a tu casa?

-No, no hagas eso. Iré a Monteagle dentro de media hora. Entraré por la puerta de atrás y nos veremos en el lago.

-Enmascarado, sin duda -replicó Helen, irónica-. Pero si eso es lo que quieres…

Estaba intentando bromear, pero tenía miedo.

De repente, toda su vida parecía estar cayéndose a pedazos y no sabía por qué ni qué hacer.

Nigel estaba esperándola cuando llegó a la orilla del lago. La brisa movía su pelo mientras paseaba, nervioso, de un lado a otro.

-Hola, Helen -la saludó-. ¿Cuál es el problema?

-Creo que soy yo quien debería preguntar eso. No me habías dicho que venías y no has pasado por aquí. Ni me has llamado siquiera. ¿Por qué?

Nigel apartó la mirada, incómodo.

-Mira, Helen… ya sé que deberíamos haber hablado antes, pero no es fácil decir esto. Tú sabes que las cosas no van bien entre nosotros…

-Lo que sé es que no nos vemos lo suficiente, pero pensé que era por tu trabajo. Eso es lo que me decías, desde luego.

-¿Y tú? Siempre encerrada en esta ruina en la que vives, reuniendo céntimos para conservarla. Te han hecho una buena oferta por la casa, ¿por qué no la aceptas?

-¿Cómo puedes decirme eso cuando sabes lo que Monteagle significa para mí? -exclamó Helen.

-Claro que lo sé -dijo Nigel amargamente-. Nadie lo sabe mejor que yo. Hace tiempo descubrí que yo sólo iba a ser algo secundario en tu vida y tú, por supuesto, pensaste que aceptaría ese papel. Supongo que es de eso de lo que quieres hablar, ¿no? ¿Qué ha pasado ahora?

-Tengo un serio problema con la casa, pero eso puede esperar. De lo que tenemos que hablar ahora es… de nosotros.

-Helen, no hay un «nosotros» y no lo ha habido durante mucho tiempo. Pero te has negado a verlo. No sé por qué.

Ella se clavó las uñas en la palma de las manos.

-A lo mejor porque estoy enamorada de ti.

-Pues creo que tienes una idea muy rara de lo que es el amor -comentó amargamente Nigel-. Francamente, estoy harto del «no tocar hasta que estemos casados». Lo he intentado todo para acostarme contigo, pero tú no querías saber nada.

Helen se mordió los labios.

-Me he dado cuenta… de que tienes razón. Y lo siento. Pensé que tú también estabas dispuesto a esperar.

-No -contestó él-. Los hombres sólo suplican una vez, luego pierden interés. Sólo hay una pasión en tu vida, Helen, y es Monteagle. Ningún hombre tendrá la mínima oportunidad contra una obsesión como ésa.

-¿Quieres decir… que ya no somos novios? Nigel dejó escapar un suspiro. -Seamos sinceros, lo nuestro era una cosa de crios. Aunque espero que podamos seguir siendo amigos… Nunca has estado interesada en el sexo, Helen. Ni siquiera sientes curiosidad. Un par de besos siempre han sido suficiente para ti, pero he conocido a alguien… y voy a casarme. La he traído este fin de semana para presentarle a mis padres, así que, por favor, no vuelvas a llamarme. Helen cerró un momento los ojos para mantener el equilibrio. No podía creer lo que estaba oyendo.

-¿Sabes una cosa? Tenía la impresión de que tú y yo estábamos comprometidos.

Nigel se encogió de hombros.

-Sé que lo hemos hablado, pero no había nada oficial. Para empezar, habría tenido una pelea con mis padres.

-Sí, claro, siempre he sabido que yo no les gustaba.

-No es eso -dijo él, a la defensiva-. Mis padres piensan que no estamos hechos el uno para el otro, nada más. Y no querían que gastara todo mi dinero en esta ruina de casa. Yo tengo ambiciones, Helen, y no me da vergüenza reconocerlo. Quiero una esposa que pueda ayudarme en mi carrera… alguien a quien le guste rodearse de gente, que pueda crear el ambiente adecuado en mi hogar. Y a ti eso no te interesa nada.

El viento se volvió frío de repente… helado.

-Y yo no tengo dinero para compensar mis otras deficiencias. Es eso, ¿verdad?

Nigel la miró, irritado.

-El dinero importa. ¿Estás diciendo que no es así?

-No -contestó ella-. Particularmente, después de haber recibido una negativa por parte de Restauración Internacional.

-¿Y qué esperabas? Nadie quiere tirar el dinero a la basura.

Helen hizo una mueca.

-Estoy intentado salvar una casa que ha pertenecido a mi familia durante siglos y pensé que podrías sugerir algo… Necesito encontrar a alguien que quiera invertir dinero en Monteagle…

-Lo dirás de broma, ¿no? -la interrumpió Nigel-. Te sugiero que busques un marido rico… si puedes encontrar a alguien tan frígido como tú. Aunque te va resultar difícil.

El dolor era, de repente, más de lo que podía soportar, y Helen levantó una mano para borrar esa sonrisita irónica de su cara, pero Nigel dio un paso atrás.

Vio cómo metía los carísimos mocasines en el barro de la orilla y cómo su rostro se convertía en una máscara de furia cuando perdió el equilibrio… antes de caer al agua.

-¡Zorra! -gritó Nigel mientras ella se volvía hacia la casa-. Zona.

Helen temblaba violentamente, respirando con dificultad, haciendo un esfuerzo sobrehumano para poner un pie detrás de otro.

Estaba demasiado ciega de dolor como para ver a la persona que tenía delante hasta que colisionó con un duro cuerpo masculino. Asustada, lanzó un grito.

-Tranquila -dijo Marc Delaroche, tomándola por la cintura-. No pasa nada. Venga, la acompaño.

Y, demasiado rota como para resistir, Helen

dejó que la acompañase hasta la casa.

Capítulo 4

HELEN fue prácticamente en volandas hasta la casa. El brazo de Marc Delaroche que la sujetaba por la cintura la hacía sentir segura, protegida.

Cuando por fin pudo pensar con cierta claridad, se encontró sentada en el sofá de la biblioteca, con una taza de té en las manos.

Marc Delaroche estaba frente a la chimenea, mirando contemplativamente las llamas. Seguramente, la habría encendido él mismo, pensó.

Llevaba vaqueros y una camisa azul con las mangas subidas hasta el codo, mostrando el vello oscuro de sus antebrazos.

-Lo sabía, ¿verdad? -murmuró Helen-. Me refiero a Nigel. De alguna forma, usted lo sabía.

-Así es. Aunque lo lamento.

-¿Por eso ha venido, para restregármelo por la cara?

-No. ¿Por qué iba a hacer eso?

-Quién sabe por qué hace usted las cosas -suspiró ella-. Y, sin embargo, está aquí.

-Vine a advertirle, pero he llegado tarde -contestó Delaroche.

-¿Cómo podía saber que Nigel no me amaba cuando yo no sabía nada en absoluto? Él se encogió de hombros. -No sabía nada porque tenía los ojos cerrados a la realidad.. Quizá deliberadamente. Además, yo he tenido ventaja, mademoiselle. Estaba sentado frente a la ventana del Martinique aquel día cuando su supuesto prometido llegó en taxi… con una mujer que no quería dejarle ir. Por eso me fijé en él, su despedida fue muy llamativa. Cada vez que intentaba despedirse, ella lo abrazaba. Se comportaba con un ardor sorprendente… Casi le envidié entonces -dijo Delaroche, antes de hacer una pausa-. Luego vi que se reunía con usted y ya no me pareció tan divertido.

-Porque le daba pena -dijo Helen con amargura.

-Quizá. Pero enseguida me di cuenta de que era usted fuerte y podría sobrevivir a la desilusión. -¿Desilusión? -repitió Helen, incrédula-. El hombre al que he amado siempre, el único hombre al que podré amar en toda mi vida me ha dejado y usted habla como si fuera una pequeña inconveniencia… ¿Por qué no me lo dijo en ese momento? -Porque ya sabía que la decisión del patronato sería negativa -contestó él-. No quería darle otra mala noticia.

-Otra mala noticia, qué ironía… mi vida está destrozada, mi casa se cae a pedazos y estoy sola en el mundo.

-¿Está usted segura?

-¿Qué quiere decir? ¿Cree que Nigel va a dejar a su nueva novia

para volver conmigo? -replicó ella, irónica-. Imposible. ¿Y sabe por qué, señor Delaroche? Porque yo no soy una buena relaciones públicas. Porque soy frígida y ella no… -Helen se detuvo, horrorizada por lo que acababa de decir.

-¿Él le ha dicho eso? -preguntó Delaroche-. ¿Cómo puede saber que es usted frígida?

Helen se mordió los labios. ¿Qué sabía aquel hombre? ¿Qué podía saber de su vida?

-Ahora entiendo que lo tirase al lago.

-No lo tiré, resbaló.

-Que dommage -murmuró él-. Lamento decir que no volverá, pero no por lo que usted cree.

-¿Ah, no?

-¿No conoce la identidad de su nueva prometida? Se llama Amanda Clayburn.

-¿Clayburn? -repitió Helen-. ¿Es pariente de sir Donald Clayburn, el presidente del banco?

-Su única hija -contestó él con una sonrisa cínica-. Su Nigel es un hombre muy ambicioso, ma chérie. Ha elegido el dinero y el camino más rápido hasta el consejo de administración.

-No puede ser… Nigel no haría algo así… Además, no tiene por qué hacerlo. Su familia tiene dinero.

-Que él prefiere no tocar, scms doute -insistió Delaroche-. Pero es cierto. Un colega me ha dicho que su affair con Amanda Clayburn era un secreto a voces para todos. Amanda es una niña mimada y caprichosa y su padre, dicen, está contentísimo de que se case porque temía que amainara su reputación.

-Ya veo.

-Un matrimonio de cine, desde luego. Helen apretó los labios.

-Monteagle y Nigel, las dos cosas que amo más en el mundo… y las he perdido. -Veo que antepone la casa a su novio. -Sí, él ha dicho lo mismo. Dice que es por culpa de la casa por la que no podré amar a nadie. ¿Y sabe lo peor, señor Delaroche? Que usted lo ha presenciado todo. Usted… precisamente usted. Es gafe… cada vez que aparece en mi vida, todo se estropea -le espetó Helen, furiosa-. Bueno, creo que ya se ha divertido bastante, monsieur, así que puede irse. Quiero estar sola. Supongo que hasta usted entenderá eso.

Delaroche la miró con gesto de sorpresa. -Tiene usted una extraña idea sobre cómo me divierto, mademoiselle. Y lo siento, pero no pienso irme. Porque no sólo vine a prevenirla, sino a ofrecerle mi ayuda.

-Ah, claro. Habló a mi favor ante el patronato, usted y su colega

holandés. Supongo que debo darle las gracias.

-Si hubiera tenido éxito, quizá. Pero tal y como están las cosas, no espero que se torture a sí misma intentando ser agradecida.

-¿Por qué habló en mi favor? -preguntó Helen-. No parece usted de los que apoyan causas perdidas.

Delaroche se encogió de hombros.

-Quizá pensaba que no merecía usted fracasar de nuevo. ¿Qué piensa hacer ahora? ¿Aceptará la propuesta de Newson?

-No, antes prefiero quemar la casa.

-La compañía de seguros podría encontrar eso muy sospechoso.

-Probablemente… si la casa estuviera asegurada. Mi abuelo dejó de pagar al seguro hace años -suspiró Helen, tomando un sorbo de té-. Y ahora, por favor, vayase. Ya he contestado suficientes preguntas y no hay ninguna razón para que se quede.

-Vuelvo a preguntarle, ¿qué piensa hacer ahora?

-Abriré la casa para los turistas, como hago todo los sábados -contestó ella, levantándose-. Necesito todo el dinero que pueda reunir. Y no tiene por qué volver a Monteagle. Márchese y haga lo que tenga que hacer, deje que ambos sigamos adelante con nuestras vidas ¿de acuerdo?

-¿De verdad es así como ve su futuro? -preguntó Delaroche-. ¿Recibiendo a turistas aburridos pour toujours? ¿Sirviendo té con pastas?

-Sí -contestó Helen-. Ya le he dicho que haré lo tenga que hacer para salvar Monteagle.

-¿De verdad? No estoy tan seguro. Por ejemplo, ¿cenaría conmigo esta noche?

Ella dejó escapar un suspiro.

-No se rinde nunca, ¿verdad?

-No.

-¿Cree que estoy de humor para otra de sus insensibles y groseras invitaciones? ¿No entiende que acabo de perder al hombre de mi vida?

-¿Y piensa morirse de hambre en venganza?

Helen lo miró, sorprendida.

-No, pero prefiero eso a cenar con usted.

Delaroche soltó una carcajada.

-¿Un destino peor que la muerte, ma belle? Pensé que eso incluía algo más que una simple cena.

-Salga de mi casa y no vuelva más -le espetó ella, señalando la puerta.

-Su casa -repitió Marc-. ¿Hasta cuándo podrá llamarla así, a menos

que encuentre apoyo económico rápidamente?
-Eso es cosa mía.
-Ha dicho que haría lo que fuese para conservar Monteagle. ¿Cómo puede rechazar mi oferta sin escucharme?
Hubo un silencio en la habitación, roto sólo por el chisporroteo de la leña en la chimenea.
Helen se sentía atrapada por sus propias palabras.
-¿Qué clase de ayuda quiere ofrecerme?
-No lo discutiremos ahora. Prefiero que se tranquilice. Además, tiene cosas que hacer. Hablaremos de eso más tarde.
Cuando él pasó a su lado, Helen dio un paso atrás, recordando su última despedida, la dureza de su cuerpo, la caricia de su dedo en los labios…
-Á tout a l'heure! -se despidió Delaroche.
-¿Tiene listo el plato para los señores del rincón, señorita Helen? -preguntó Daisy, entrando en la cocina-. Porque se están quejando de que no se les atiende.
Helen, perdida en sus pensamientos, se volvió, sobresaltada.
-Ay, se me había olvidado por completo. Voy ahora mismo.
-Hoy es un mal día para usted y lo entiendo. Debería tumbarse un rato en su habitación -la regañó Daisy-. Le diré a George que me ayude.
-No, no, estoy bien -insistió ella-. Y prefiero estar haciendo algo.
-Sí, ya veo -suspiró Daisy-. Acaba de poner leche en el azucarero.
Helen dejó escapar un suspiro. De nuevo, le sorprendía la cantidad de turistas que habían aparecido en la casa, pero estos no eran tan complacientes como los de la semana anterior.
-No ofrecen gran cosa por lo que cuesta la entrada -se había quejado uno de ellos.
-Pronto ampliaremos la visita al resto de las habitaciones -le explicó Helen.
Una familia se quejó porque no había columpios para los niños y porque no les dejaban jugar al fútbol en la finca contigua.
-A mi inquilino no le gustaría -contestó ella, irritada.
Aquel día estaba siendo un infierno, pensó. Y aún no sabía qué hacer con Marc Delaroche y su invitación.
El instinto le decía que rehusara. La razón sugería que, al menos, debería escuchar su propuesta. Pero no durante una cena, decidió. Eso era demasiado íntimo.
-Ya era hora -se quejó una mujer cuando llegó con la bandeja de pastelitos-. ¿Esto es todo lo que nos dan? ¿No hay sandwiches?
-Lo siento, sólo ofrecemos té con pasteles. Pero todo está hecho en

casa.

-¿Y no hay refrescos? -preguntó un adolescente.

-Es que no le gusta el té -dijo su madre-. ¿Podrían hacerle un zumo de naranja?

-Voy a ver qué podemos hacer -suspiró Helen.

Cuando volvió al jardín con una jarra de zumo recién exprimido, el chico hizo una mueca.

-¿Qué es eso? Tiene trozos de cosas.

-Son trocitos de naranja.

-Qué asco. No pienso beberme eso -replicó el grosero adolescente tirando la jarra de un manotazo, con tan mala suerte que el líquido cayó sobre el mandil de Helen.

Marc Delaroche apareció en ese momento, como por arte de magia.

-No se preocupe, yo me encargo de esto. Vaya a cambiarse.

Helen ni siquiera lo había visto llegar. Y quería decirle que se encargaría ella misma, pero el incidente la había dejado atónita.

Mientras se quitaba el mandil manchado de naranja, miró por encima del hombro y vio a Marc hablando con el padre del chico. Vio que el hombre se levantaba, incómodo, con la cara colorada, y le pedía a su familia que hiciera lo mismo.

Cuando llegó a la cocina, Lottie estaba esperando, con expresión preocupada.

-Cariño, lo siento. Acabo de enterarme.

-Pues sí, es verdad. Nigel va a casarse con la hija del jefe. Qué típico, ¿no? Aún no sé si pensaba decírmelo a la cara o esperaba que yo simplemente desapareciera… y le ahorrase el problema.

-Qué canalla -murmuró Lottie-. Pero eso explica lo del buffet especial. Por supuesto, he llamado a la bruja de su madre y le he dicho que se busque otra empresa de catering.

-Muchas gracias, pero no puedes hacer eso. Necesitas el dinero tanto como yo. ¿Dónde está Daisy?

-Ha dicho que tenía que subir a hacer algo a la habitación. Seguramente, quería dejarnos solas.

Helen dejó escapar un suspiro.

-Además, esta mañana me he enterado de que Restauración Internacional no va a ayudarme.

-Oh, no. Qué rabia. Bueno, pues dicen que la mala suerte llega en tríos, así que esperemos que la siguiente desgracia sea algo poco importante.

Helen se mordió los labios.

-Me temo que no. Ya ha ocurrido y es otro desastre.

-Dime una cosa. ¿Hay alguna maldición en la familia Frayne de la que yo no sé nada? -suspiró Lottie.

-Ojalá. Si fuera así, habría podido llenar una página entera en el folleto.

Lottie soltó una carcajada pero, de repente, dejó de reír. Miraba hacia la puerta con gesto de sorpresa.

Helen se volvió y vio a Marc de brazos cruzados, con un hombro apoyado en el quicio de la puerta, como si estuviera en su casa.

-Je sitis desolé. Siento molestar.

-No molesta -dijo Lottie-. Claro que no. Soy Charlotte Davis, Lottie, una amiga de Helen.

-Enchanté, mademoiselle. Marc Delaroche, á votre ser vi ce.

Lottie miró a su amiga con una sonrisa de triunfo en los labios.

-¿Qué le ha dicho a esos señores? -preguntó Helen.

-He sugerido que fueran a un parque de atracciones. Dígame, querida, ¿suele tener visitantes tan molestos como esos?

-Normalmente, no -contestó ella-. Es que estoy teniendo un mal día. ¿Quiere un café?

-Merci -sonrió Delaroche-. Pero prefiero dejar que hable con su amiga. Sólo he venido a decir que tenemos mesa reservada a las nueve en el Oxbovv. Vendré a buscarla media hora antes.

Después, salió de la cocina, dejando un espeso silencio tras él.

-No me digas que éste es el tercer desastre -dijo Lottie.

-Eres peor que la señora Lowell. La semana pasada casi se desmaya hablando de él.

-¿Ésta es la segunda vez que viene? Qué bien, qué bien. ¿Y qué vas a ponerte para la cena?

-¡Nada!

Su amiga soltó una risita.

-Bueno, eso le ahorraría tiempo y esfuerzo, pero sería un poquito obvio en la primera cita, ¿no crees?

Helen hizo una mueca.

-Serás tonta… No es una cita. De hecho, no tengo intención de cenar con monsieur Delaroche… ni esta noche ni nunca.

-¿Por qué?

-Pareces haberte olvidado de Nigel.

-Desgraciadamente, no. Pero estoy en ello. Y tú deberías hacer lo mismo. Delaroche te ha invitado a cenar, ¿qué más se le puede pedir a un hombre tan rico… y tan atractivo?

-¿Crees que cenar con Marc Delaroche me consolaría? Mira, Lottie, Nigel siempre ha sido parte de mi vida y perderlo…

-Helen, sé sincera. Te gustaba desde que eras pequeña y decidiste

que era el hombre de tu vida. Al principio, Nigel aceptó, pero cada día pasabais menos tiempo juntos. En este último año, apenas ha venido por aquí. Menuda historia de amor.

-No, es verdad, no lo ha sido nunca -murmuró Helen-. Ése es el problema.

-Mejor, una cosa menos que lamentar.

-Pero lo lamento… Por favor, qué idiota he sido. Y le he perdido, Lottie. ¿Entiendes ahora que no quiera cenar con Delaroche? Sería insoportable.

-Pues entonces quédate aquí y llora hasta que te quedes sin lágrimas. Y ya que estás, ¿por qué no te tatúas la palabra «víctima» en la frente?

Ella la miró, enfadada.

-No sabía que pudieras ser tan fría. ¿Te gustaría a ti enfrentarte con la gente cuando acaban de dejarte plantada?

-Cariño, estoy intentando ser práctica. Y desde luego que preferiría salir en lugar de quedarme en casa llorando. ¿Quién sabe? La gente podría pensar que has sido tú quien ha dejado a Nigel. Eso no estaría mal, ¿no?

-No, no estaría mal.

-¿Y por qué dices que no es una cita?

-Porque es más bien una reunión de negocios -contestó Helen-. Dice que quiere ayudarme a conservar Monteagle.

-Más razón para ir a esa cena.

-Pero no quiero deberle nada -protestó Helen-. No me cae bien. No sé lo que la gente ve en él.

-Helen, Delaroche es un hombre increíblemente atractivo e increíblemente rico. ¿No crees que estás siendo un poquito exigente?

-Es que me da un poco de miedo -confesó ella entonces-. Es ridículo, ¿verdad?

Lottie apretó su mano.

-No creo que pueda hacerte nada en un restaurante lleno de gente. Por cierto, no sé cómo ha conseguido mesa en el Oxbow un sábado por la noche.

Helen se encogió de hombros.

-Es uno de esos hombres que siempre se salen con la suya. No creo que haya tenido que soportar muchos rechazos.

-Entonces, conocerte le vendrá bien. Y al revés -afirmó su amiga-. Ahora, vamos a echarle un vistazo a tu armario. A ver qué encontramos. Tiene que ser algo elegante porque el Oxbow es el mejor restaurante en muchos kilómetros a la redonda.

Seguía siendo una mala idea, pensaba Helen unas horas después,

mientras se miraba al espejo.

El vestido que llevaba era de seda, de color verde hoja, con un cinturón que se ataba en un costado.

Por contraste con el color verde oscuro, su piel parecía exóticamente pálida y su pelo brillaba con reflejos dorados.

Lottie lo había visto de inmediato.

-¿Qué es esto? Es nuevo. Pero si todavía tiene la etiqueta... ¿Cuándo lo has comprado?

-Lo compré para... mi fiesta de compromiso -suspiró Helen-. Una tontería.

-En absoluto. Puedes usarlo esta noche -sonrió su amiga.

-No, lo compré para Nigel, no pienso ponérmelo para nadie más.

-¿Y qué vas a hacer, guardarlo en una bolsa con naftalina? Cariño, no puedes desperdiciar el único vestido decente que tienes en el armario... especialmente hoy, que debes dar una buena impresión.

-¿Por qué?

-¿Cómo que por qué? Para conservar Monteagle, por supuesto. ¿Tienes unas sandalias a juego?

-Sí, están en esa caja -suspiró Helen.

-Tienes que pintarte las uñas de los pies... voy a mi casa a buscar el neceser de manicura porque72

seguro que tú no tienes. Y te prestaré la pashmina que me regaló Simón... pero no te tires encima una copa de champán.

La prometida pashmina estaba ahora sobre la cama, junto con un bolsito a juego con las sandalias.

«Me sentía tan segura», pensaba Helen. «Tan segura de mis sueños, de mi futuro. Estaba tan ciega».

Había tenido mucho tiempo para pensar mientras estaba en la bañera. No podía hacer frente a todas las reformas, pero quizá Marc Delaroche podría ayudarla a encontrar el dinero necesario para reformar los dormitorios y poder así ofrecer cama y desayuno... con un par de amenidades.

¡Una habitación con fantasma! Los turistas verían el fantasma de la primera Helen Frayne... o el de la segunda.

Incluso arrastraría unas cadenas por el pasillo, si era necesario.

Bromas aparte, con eso podría conseguir unos ingresos fijos. Y si lo conseguía, podría pedir un préstamo al banco.

Pero antes tendría que persuadir a Marc Delaroche de que aquella era una buena idea, una alternativa al plan que él tuviera en mente.

De modo que merecía la pena hacer un esfuerzo.

Había llegado el momento. Daisy acababa de llamar a la puerta para decir que el señor Delaroche esperaba abajo.

Y Helen se dio cuenta de que aquella cena era un riesgo. Marc Delaroche era un hombre que siempre se salía con la suya. ¿Por qué pensaba que podía convencerlo para que hiciera lo que ella quería?

Además, sabía que él tenía sus propios planes. «En mi próxima visita, pienso pasar la noche aquí».

Esas palabras se repetían en su cabeza una y otra vez, especialmente después de arreglarse con tanto cuidado, como una concubina preparándose para pasar la noche con el sultán, pensó, airada.

El color del vestido hacía que su piel pareciese más blanca, sus ojos más verdes. Su boca de color coral, como sus uñas.

Suspirando, Helen tomó el chai y el bolso y bajó al primer piso, intentando disimular su nerviosismo.

Marc estaba en la entrada, paseando tranquilamente, pero cuando levantó la mirada, Helen sintió un escalofrío. Por un momento, tuvo la tentación de volver a la seguridad de su cuarto, a la niña que era en realidad.

Porque, por primera vez, entendió que no sólo tenía miedo de Marc Delaroche.

Tenía miedo de sí misma. Y de la extraña en la que se había convertido… por su culpa.

Respirando profundamente, Helen empezó a bajar los escalones para reunirse con él.

Capítulo 5

EL restaurante estaba lleno de gente, como le había dicho Lottie. Además de su mesa, Helen sólo veía una mesa libre y estaba reservada.

Se percató de que muchos volvían la cabeza para observarlos y supo que los rumores se habrían extendido como la pólvora.

Aunque después de llegar al restaurante en un coche con chófer, después de que el maítre los acompañara, obsequioso, hasta una mesa en la que había una botella de Dom Perignon en un cubo de hielo, resultaba difícil sentirse humillada porque Nigel la hubiera dejado.

Además, la acompañaba un hombre tan distinguido como Marc Delaroche, el más atractivo del restaurante, tuvo que reconocer.

Aquella noche se había peinado un poco más de lo habitual, aunque el flequillo seguía cayendo sobre su frente, como un gesto de rebeldía. Llevaba un pantalón oscuro, una camisa blanquísima y una corbata de seda granate. La chaqueta, de un gris muy claro, era de cachemira.

Desde luego, algunas miradas no podían disimular la envidia.

«Debo ser terriblemente frivola para que eso me anime», pensó.

-Este restaurante tiene muy buena reputación -dijo su acompañante mientras el camarero les entregaba la carta.

-Sí, eso me ha dicho Lottie. Además, tienen habitaciones.

-C'est vrai? ¿Quiere que reserve una para luego, quizá?

Helen levantó la cabeza indignada.

-¿Le importaría no decir cosas como ésa?

-Perdone -se disculpó Marc-. Pero es tan fácil tomarle el pelo, querida. Cálmese con un poco de champán.

-¿Vamos a celebrar algo?

-¿Quién sabe? De todas formas, brindemos por Monteagle y por su futuro.

-En realidad, he estado pensando mucho en ello…

-Más tarde, chérie -la interrumpió Delaroche-. Tiene que aprender a jugar. Y aceptar que un hombre raramente hace favores con el estómago vacío.

-Pero esto no es un juego. Es mi vida.

-De todas formas. Primero, cenaremos.

Sus reglas, pensó Helen, concentrándose en la carta. ¿Hasta dónde pensaría llegar para conseguir lo que quería?, se preguntó, suspirando.

Pero mientras tanto disfrutaría de la comida, ya que aquella iba a ser seguramente su primera y última visita al Oxbow. Pidió ensalada de gambas como primer plato, seguida de cordero con verduritas.

Marc eligió toumedos de buey con foie gras y champiñones, servido en salsa de Madeira.

El borgoña que pidió para acompañar la cena parecía deslizarse por la garganta de Helen como una caricia.

-¿Puede contestar a una pregunta, señor Delaroche?

-Si me es posible…

-¿Por qué me recibió el patronato si pensaban negarme la ayuda?

-Entrevistamos a todos los que lo solicitan. Nos concentramos en proyectos que revivirán la industria turística en sitios en los que se ha perdido o que atraerán turistas hasta zonas a las que no suelen ir -se encogió él de hombros-. Su solicitud era interesante, pero desgraciadamente para nosotros, chérie, usted no tiene que caminar diez kilómetros para encontrar agua y enciende la luz de su casa con un interruptor.

-Sólo cuando puedo pagar la factura.

Comieron en silencio durante unos minutos y luego Delaroche preguntó:

-Héléne, en un mundo ideal, ¿qué desearía para Monteagle?

-Me gustaría que volviera a ser mi hogar, pero con dinero para mantenerlo -suspiró ella-. Sin turistas, sin té, como era antes. Así es como debería ser un hogar, ¿no le parece?

-No lo sé. Yo tengo un apartamento en París y una suite en un hotel de Londres. Cuando era pequeño, mi padre no se quedaba mucho tiempo en ningún sitio. Sólo cuando se jubiló encontró un sitio especial… un viñedo en Borgoña, con un castillo medio derruido cerca del pueblo en el que nació. Pensaba vivir allí, dedicarse al vino… pero murió repentinamente.

-¿Qué fue del castillo?

-Se lo vendí a una familia inglesa.

-¿Por qué no se instaló usted allí?

-¿Y dedicarme a cortar uvas? No, no, eso no es para mí. Tengo una empresa, fábricas que montar y un mundo por el que viajar para venderlas… -en ese momento, Delaroche levantó la cabeza y frunció el ceño-. Ah, c'est complet. La mesa vacía está ocupada ahora… y por gente que usted conoce, ma belle.

-¿Gente que…? Ay, Dios mío -Helen no se atrevió a volverse-. Es Nigel, ¿verdad?

-Sí. Con su novia y una pareja mayor, sus padres, supongo -contestó Marc, apretando su mano-. Tranquila, chérie.

-No puedo quedarme…

-No mire hacia atrás, míreme a mí -la interrumpió Marc, besando su mano mientras ella lo miraba, como hipnotizada-. Si sale corriendo,

sabrán que tienen el poder de hacerla sufrir. Será mejor que terminemos nuestra cena, ¿no le parece?

Luego volvió a llenar su copa, como si no pasara nada.

-¿Me han visto? -preguntó Helen.

-Sí. La madre, creo, quiere irse, pero el padre… il est un honvre inflexible y se saldrá con la suya.

-¿Y Nigel?

-Parece que ha sobrevivido a su caída en el lago.

-Nunca me lo perdonará.

-Quizá. Pero eso no debe importarle -sonrió Delaroche-. Coma, por favor, y tómese su tiempo. Después de todo, aún nos queda el postre: apricots soufflés.

-A usted no le importa, claro -murmuró ella, angustiada-. No es a usted a quien le han roto el corazón.

-Tampoco a usted, aunque puede que no lo crea en este momento.

-¿Cómo puede decir eso? ¿Cómo podría entenderlo alguien como usted?

-Habla como si yo no fuera un ser humano. Pero le aseguro que tengo emociones normales. ¿Quiere que se lo demuestre?

-¡No! Lo que quería decir es que es evidente que nunca ha amado a nadie como yo he amado a Nigel…

-Quizá porque nunca he tenido oportunidad de hacerlo. Pero su vida no ha terminado, mademoiselle. Y coma algo, antes de que noten su falta de apetito.

Si Nigel no hubiese aparecido en el peor momento, Helen habría podido intentar convencerlo para que la ayudase con su plan. Pero con los nervios, no sabía por dónde empezar. Y Delaroche había aprovechado su nerviosismo para volver a besar su mano. Besaba cada uno de sus dedos, mirándola…

Helen estaba a punto de decirle que no volviese a hacerlo, pero al ver el brillo de deseo en sus ojos olvidó completamente lo que iba a decir.

-No sé cómo puede fingir que esta situación no le incomoda.

-No estoy fingiendo, chérie. La deseo. No es ningún secreto -contestó él.

-Entonces, va a llevarse una desilusión, señor Delaroche. Aunque estuviera buscando una aventura, y no es así, sería usted el último hombre en la tierra al que elegiría.

-Al menos estamos de acuerdo en algo. Porque tampoco yo quiero un affair. Au contraire, quiero que sea usted mi mujer.

Helen se puso pálida. De repente, tenía el corazón en la garganta.

-¿Qué ha dicho?

-Quiero que sea usted mi mujer.

-Lo dirá de broma, ¿verdad?

-No es ninguna broma. Estoy pidiéndole que se case conmigo. Y lo digo completamente en serio.

-Pero si no me conoce… nos hemos visto tres veces… somos dos extraños. Debe de estar loco para pensar tal cosa.

-No sugiero que nos casemos la semana que viene -sonrió él-. Quiero darle algún tiempo para que se acostumbre a la idea. A toda clase de ideas.

Se refería a acostarse con él, claro. Tendría que enfrentarse a la idea de que Marc Delaroche le hiciese el amor. Sorprendida, recordó su último encuentro, la fuerza de sus brazos, el calor de su cuerpo, sus labios. Aunque ambos estaban vestidos, había sentido cada músculo de su cuerpo. Y la idea de que la abrazase, la tocase, sin la barrera de la ropa hizo que sintiera pánico.

La deseaba, él mismo lo había dicho. Y no permitiría que lo hiciese esperar hasta después de la boda.

Pero no habría boda, se recordó Helen, angustiada. Entonces, ¿por qué hablaba de ello como si fuera algo sellado y pactado?

-Está perdiendo su tiempo, monsieur. ¿Cree que me da miedo convertirme en una solterona, que estaría dispuesta a casarme con el primero que me lo pidiese? Pues se equivoca. Nada ni nadie podrían convencerme para que me casara con usted.

-¿Ni siquiera Monteagle? -preguntó Delaroche-. Quiere que vuelva a ser su hogar, usted misma lo ha dicho. Moi aussi. Cásese conmigo y yo haré restaurar la casa tal y como usted desea.

-No -dijo Helen en voz baja-. Eso es imposible. No puedo hacerlo.

-Pero en la entrevista dijo que haría lo que fuera para conservar Monteagle. Claramente, su devoción no es tan profunda como quería hacernos creer.

-Cuando dije eso, estaba desesperada -replicó Helen, levantando la barbilla-. Pero ahora tengo un plan.

-Oíd, d'accord. Un plan que quiere compartir conmigo, pero cuando terminemos el postre -suspiró Marc.

-¿Cree que puedo seguir comiendo después de esto?

-Mais, je vous en prie. Al menos, pruébelo -insistió él, ofreciéndole una cucharadita de su plato.

Helen entreabrió los labios. El delicado sabor de los albaricoques flambeados era extraordinario.

-Bueno, ¿cuál es el plan y cómo vamos a salvar Monteagle? -preguntó Marc por fin.

-Quiero arreglar todas las habitaciones para poder abrir un

hotelito.

-¿Y tiene presupuesto para eso? ¿Ha calculado lo que costaría poner un cuarto de baño en cada habitación? Y tendrá que arreglar el comedor para que sus clientes puedan desayunar sin que se les caiga el techo encima. Por supuesto, tendrá que arreglar también la cocina si quiere que le den la licencia…

-No, no, no había pensado en todo eso. Pero pediré un presupuesto y espero que cuente con su aprobación.

-¿Mi aprobación? ¿Que tengo yo que ver?

Helen se mordió los labios.

-Yo esperaba que… me prestase el dinero.

-Ah, ya veo. Pero olvida que hay otra propuesta sobre la mesa, ma belle. Yo le doy todo el dinero que necesite a cambio de que se convierta en mi mujer.

-Pero si me prestase el dinero, no habría necesidad de boda. Además, no parece usted el tipo de hombre que quiere casarse.

-¿Y no se le ha ocurrido pensar que, como usted, también yo podría haberme enamorado locamente?

Helen sintió como si se hubiera quedado sin aire de repente.

-No le entiendo…

-¿No? Si no hubiera hablado con tanta pasión sobre Monteagle, no me habría tentado la idea de venir a ver la casa en persona. Et voilci, el resto, como dicen, es historia.

-¿Quiere decir que lo que le interesa en Monteagle? No me lo puedo creer. Es imposible, ridículo… No puede pretender…

-Pourquoi pas? ¿Además de mi falta de humanidad, también cree que no tengo sensibilidad para la historia, que no aprecio la belleza?

-No sé lo que creer… No nos conocemos en absoluto y, de repente, me pide que me case con usted. Y está hablando de mi casa, señor Delaroche. Mi casa.

-En este momento, sí. Pero, ¿durante cuánto tiempo? Dice que no quiere considerar la oferta de Newson, así que yo le ofrezco una alternativa. Y una de las ventajas es que podrá seguir viviendo en Monteagle.

-Pero tendría que vivir con usted.

-Este mundo es incierto, chérie. Y yo me veo obligado a viajar a sitios peligrosos -sonrió Delaroche-. Podría morir en menos de un año y usted sería una viuda rica. Incluso podría morir durante la noche de boda… de éxtasis.

Helen hizo una mueca de horror y él soltó una carcajada.

-Por favor, reconsidere la idea de prestarme el dinero. Trabajaría día y noche, se lo aseguro…

-Sí, ma belle, sé que lo haría. Pero mi oferta es un regalo, no un préstamo. Un regalo de boda, quizá, del novio a la novia.

Helen se miró las manos, angustiada.

-¿Por qué hace esto? Me obliga a venderme a mí misma a cambio de Monteagle. ¿Qué clase de hombre haría eso?

-Un hombre rico -contestó él-. Si hay algo en venta, lo compro.

-¿Sean cuales sean las consecuencias?

-Así es. Pero no pierdo nada. Voy a ganar una casa con valor histórico y una mujer a la que deseo. Y quizá ha llegado el momento de formar una familia.

Ella se quedó helada.

-¿Piensa de verdad… cree que voy a tener hijos con usted?

-Es una de las consecuencias del matrimonio -contestó Delaroche-. Si sigue creyendo en la cigüeña, ma chérie, está muy desinformada. Pero no voy a obligarla a hacer nada en absoluto, Héléne. Usted debe decidir si acepta mi propuesta o no. Tiene veinticuatro horas para tomar una decisión.

-¿Es así como suele proponer matrimonio, con un ultimátum?

-Hasta este momento no le había propuesto matrimonio a nadie. Otras cosas, sí, pero no matrimonio.

-Supongo que debería sentirme halagada -replicó Helen, furiosa-. Pero no es así. Y ahora, sí no le importa, quiero irme.

-Muy bien, como usted quiera.

Helen apretó los labios antes de darse la vuelta, sabiendo que iba a enfrentarse con Nigel y su prometida… pero descubrió que la mesa estaba vacía.84

-Se fueron hace diez minutos -explicó Delaroche-. No parecían estar pasándolo nada bien. O quizá su Nigel temía que le tirase encima el cubo de hielo.

-¿Le importaría pedirme un taxi, por favor?

-Mi coche está esperando -dijo él, sorprendido.

-Necesito estar sola. Supongo que incluso usted comprenderá eso.

-Incluso usted -repitió Marc-. Veo que tendré que hacerla cambiar de opinión sobre mí, chérie.

-¿Obligándome a casarme con usted? Lo dudo. Y ahora, me gustaría irme a casa.

-Como desee -murmuró Delaroche, acercándose a recepción-. El taxi llegará en diez minutos -le dijo después-. ¿Quiere que espere con usted?

-No hace falta. Gracias.

-Muy bien. A bientót -se despidió él.

Helen se dejó caer sobre una silla, agotada por la tensión.

Veinticuatro horas, le había dado veinticuatro horas para tomar una decisión.

Cuando oyó que se abría la puerta, pensó que sería el taxista, pero enseguida oyó la voz de Nigel dirigiéndose al chico de recepción.

-Mi madre se ha dejado un pañuelo. ¿Podrían buscarlo, por favor?

Helen, transfigurada, tuvo el impulso de esconderse detrás de una palmera, pero era demasiado tarde. De modo que se levantó, sujetando el bolso con manos temblorosas.

-¿Estás sola? -preguntó Nigel al verla-. ¿Ya te ha dejado?

-No, al contrario. Voy a verlo mañana -contestó ella.

-Bueno, estás llena de sorpresas. Supongo que sabes quién es, ¿no?

-Por supuesto.

-¿Y qué hace un tipo como él por aquí?

Helen se encogió de hombros.

-Quizá deberías preguntárselo tú mismo.

-No lo conozco tan bien. Amanda me ha dicho quién era. Por lo visto, han coincidido en varias fiestas en Londres. Y creo que no es de los que mantienen relaciones serias. Te lo digo por si acaso estabas esperando que fuera así. Aparentemente, se aburre enseguida de las mujeres. Dos meses es lo máximo -sonrió Nigel, con maldad-. Y tú no le has durado ni una noche, cariño. ¿Cómo le conociste, por cierto?

-No creo que sea asunto tuyo, pero está en el patronato de Restauración Internacional y sentía curiosidad por la casa.

-Ah, la casa. Eso lo explica todo.

-Sí, eso lo explica todo -murmuró Helen, deseando que llegara el taxista o que la abdujeran unos extraterrestres.

-Lo creas o no, intento advertirte por tu bien -siguió Nigel-. Aunque no sé por qué lo hago después del truquito de esta mañana. ¿Sabes el tiempo que he tardado en encontrar una excusa para volver a casa calado hasta los huesos?

-¿Se supone que debería importarme?

-Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Helen. Pensé que podríamos seguir siendo amigos.-No lo creo. Y ahí está mi taxi. Buenas noches… y buena suerte.

-Para ti también -replicó él, venenoso-. Cuando hayas tenido que vender la casa y tu millonario francés te haya dejado tirada, no vengas a pedirme ayuda.

Lo único que Helen lamentaba mientras entraba en el taxi era que no hubiese cerca un pantano lleno de cocodrilos. Pero dejó de pensar en Nigel en cuanto el coche se puso en marcha.

«La primera vez que alguien me pide en matrimonio», pensaba. «Y tiene que ser precisamente él».

Poco después, se cruzaron con un coche en el camino. El coche de Marc Delaroche. De vuelta al Monteagle Arms, sin duda. Pero, ¿de dónde vendría? ¿Se habría perdido el chófer en la oscuridad?

Un cheque en blanco, pensó entonces. Ofreciéndole matrimonio le ofrecía un cheque en blanco… a cambio de la casa y de sí misma, claro.

Casi era halagador. Pero Helen no pensaba dejarse engañar. No era una oferta lógica en una sociedad civilizada.

Además, ¿por qué iba a querer gastarse una fortuna en una casa que no le pertenecía, que no guardaba recuerdos para él?

Incluso un matrimonio de conveniencia era algo demasiado sólido para un hombre que no estaba con una mujer más de dos meses…

Tenía que ser una broma, pensó entonces. Eso era. Y ella había caído en la trampa como una ingenua. Marc Delaroche sólo había querido tomarle el pelo para ver cómo reaccionaba.

Lo más lógico sería decirle que la broma había terminado y pedirle que la dejase en paz… para siempre.

Pero eso podría no ser tan sencillo. Lo del matrimonio había sido una broma, sin duda, pero Marc Delaroche seguía deseándola y estaba decidido a satisfacer su deseo.

Era eso lo que le daba miedo, lo que invadía sus pensamientos cuando estaba sola.

Nigel jamás la había mirado como la miraba Marc Delaroche, con esa intensidad, con esa pasión. Nunca la había tocado como si estuviera acariciando el pétalo de una flor, jamás la había hecho temblar.

Poco después, entraba en casa. La cocina estaba en silencio, pero olía a café recién hecho. Daisy debía haber dejado puesta la cafetera para ella, pensó. Estupendo. Un café le despejaría la cabeza para preparar su entrevista con Marc al día siguiente, para convencerlo de que tanto ella como Monteagle jamás serían un objeto más en su colección.

Helen cerró la puerta con llave y fue a la biblioteca con su taza de café en la mano. La lámpara estaba encendida, la chimenea también. «Bendita Daisy», pensó… y entonces se detuvo, sorprendida, al comprobar que no estaba sola. Al ver quién se levantaba del sofá para recibirla.

-Por fin ha llegado -dijo Marc con una sonrisa de bienvenida.

Capítulo 6

EL corazón de Helen latía a toda velocidad. Marc se había quitado la chaqueta y la corbata, que estaban tiradas sobre el brazo del sofá, y tenía la camisa desabrochada prácticamente hasta la cintura.

No podía dejar más claras sus intenciones, pensó.

-Nos hemos despedido en el restaurante, pero he visto su coche volviendo al Monteagle Arms. ¿Qué hace aquí?

-A quien ha visto es a mi chófer. Además, le dije que en mi próxima visita me quedaría a dormir.

-Sí, pero no recuerdo haberle invitado -replicó Helen.

-Y yo temía tener que esperar para siempre esa invitación -dijo Delaroche, sin dejar de sonreír-. Siéntese, por favor.

-Veo que está como en su casa… en todos los sentidos -murmuró ella entonces, intentando fingir una tranquilidad que no sentía.

-Quizá porque creo que pronto ésta será mi casa.

-¿No le parece que eso es asumir demasiado? Después de todo, me había dado veinticuatro horas para tomar una decisión. Y pensé que tendría la decencia de dejar que considerarse esa proposición en privado.

-He decidido cortejarla, chérie. La decencia siempre me ha parecido una virtud aburridísima.

Helen tuvo que juntar las manos para disimular que le temblaban.

-¿Virtud? Me sorprende que sepa lo que significa esa palabra.

-Qué mala opinión tiene de mí, ma chére -sonrió Marc, sirviendo dos copas de coñac-. Pero en fin, así no tengo que portarme bien. Y le he hecho una propuesta, no una proposición. Quizá quiere que le demuestre cuál es la diferencia entre una cosa y otra…

-¡No! -lo interrumpió Helen-. Gracias.

-¿Intenta seguir el ejemplo de la joven virgen del retrato?

-No me gusta que me atosiguen, señor Delaroche. Pero eso no me convierte en una mojigata.

-Me alegro -sonrió él-. ¿Qué le ha dicho Nigel para que esté tan alterada?

-No sé a qué se refiere.

-No negará que ha habido un rencontre, ¿verdad? Vi su coche volviendo al restaurante y usted estaba allí, esperando el taxi. Además, está más pálida que antes. ¿Seguía enfadado porque había intentado ahogarlo?

-Ya le he dicho antes que resbaló. En cualquier90

caso, Nigel parecía más interesado en hablar mal de usted.

Marc levantó una ceja.

-Pero si no nos conocemos.

-Pero sí conoce a su novia, por lo visto -suspiró Helen-. Se han visto en alguna fiesta, en Londres.

-Ah, ya. Yo conozco a mucha gente, chérie.

-Pues ella lo recuerda bien. Y conoce su reputación.

Delaroche soltó una carcajada.

-¿Tengo una reputación? No lo sabía.

-Dicen que nunca está con una mujer más de dos meses, que tiene fobia a las relaciones serias. ¿Va a negarlo? -le espetó Helen, tomándose el coñac casi de un trago. No sabía por qué estaba tan nerviosa ni por qué necesitaba la ayuda del alcohol, pero así era.

-Certainement. Le aseguro, amiga mía, que el amor no ha entrado nunca en ninguno de mis affaires.

-Le gusta jugar con las palabras, ¿verdad, señor Delaroche? Como antes, propuesta y proposición. Pero da igual porque los dos sabemos que sólo es una broma y que no tiene intención de casarse ni conmigo ni con nadie. Así que déjelo, por favor -dijo ella entonces, dejándose caer sobre el sofá-. Empiezo a cansarme de la bromita.

Marc tomó su chaqueta, sacó algo del bolsillo y lo puso sobre la mesa. Cuando Helen vio que era una cajita de terciopelo, casi se atragantó con el coñac.

-Yo no habría elegido este momento, pero quizá así podré convencerla de que hablo completamente en serio.

Los diamantes del anillo formaban un círculo, rodeando la intensa llamarada roja de un perfecto rubí. Helen abrió la boca, horrorizada y admirada a la vez.

-¿Me cree ahora? Yo le he hecho una propuesta y sólo tiene que tomar una decisión.

-Lo dice como si fuera tan fácil.

-Sí o no, no puede ser más sencillo.

-Parece olvidar que me veo obligada a elegir entre mi libertad y una sentencia a cadena perpetua… con un extraño.

-¿Y qué le permitiría esa libertad, ma chérie[1]. El derecho a trabajar sin descanso, a frustrarse mientras la casa que tanto ama se cae a pedazos. El derecho de no poder disfrutar de alegría en la vida -Marc hizo una pausa-. Además, si su información es correcta, sólo tendría que soportarme durante dos meses. ¿Tan difícil sería?

Helen lo miró, muy seria. Sí, sería difícil. Si empezara a importarle aquel hombre. Si, por increíble que pudiera parecer, se enamorase de él y después la dejara…

Eso podría romperle el corazón para siempre.

-Sospecho que incluso un mes en su compañía sería más de lo que

yo podría soportar -dijo por fin-. ¿De verdad no podemos llegar a algún otro acuerdo, señor Delaroche?

-Es usted muy franca -suspiró él-. Deje que lo sea yo también. Mi respuesta es no. La casa,92

con usted en ella, o su libertad. La elección es suya.

Helen apartó la mirada.

-Le daré mi respuesta mañana.

Marc miró su reloj.

-Ya es mañana. Se está quedando sin tiempo, ma belle.

-De verdad me gustaría que dejase de llamarme así.

-¿Por qué le molesta tanto que le diga lo guapa que es?

-Porque no soy bella.

-¿Por qué se subestima de esa forma?

-Porque soy una mujer realista -contestó Helen-. Yo amaba a Nigel y él eligió a otra persona. No la he visto, pero supongo que es preciosa. ¿Lo es, señor Delaroche?

-Tiene cierto encanto. Pelo oscuro, una boca bonita y un buen cuerpo. Y una tigresa en la cama, imagino -dijo Marc, irónico-. ¿Eso es lo que quería oír?

-Me temo que es… demasiada información.

-¿Esperaba que dijera que no es guapa, que su único atractivo es el dinero de su padre? Ojalá fuera así.

-No se compadezca de mí -replicó ella, irritada.

-No me compadezco, se lo aseguro. Y creo que debería dejar de beber…

-¿Por qué? A lo mejor quiero emborracharme. Tengo todo el derecho a hacerlo, ¿no le parece?

-Como usted desee -asintió Marc.

Helen levantó su copa.

-A su salud, monsieur.

-A la suya, petite.

Pero Marc no brindó con ella, todo lo contrario; le quitó la copa de la mano suave, pero firmemente. Y luego la estrechó entre sus brazos, sin urgencia, como si fuera lo más normal del mundo.

Helen sabía que debería resistirse, pero sus sentidos estaban embriagados por el calor del cuerpo masculino, por su olor. Una extraña debilidad pareció invadirla cuando él empezó a acariciar su pelo. Le sorprendía esa ternura de Marc. Y, de repente, le parecía como si se hubiera convertido en la única roca en un océano de desolación.

Pero eso era imposible. Absolutamente imposible. Porque él era un peligro, su enemigo. El predador y ella la presa.

-Sois tranquille. Cierra los ojos, Héléne.

Y Helen obedeció, sin decir nada, dejándose llevar por el ritmo de los latidos de su corazón.

No sabía qué la había despertado, pero abrió los ojos y tuvo que volver a cerrarlos porque algún desaprensivo se los había llenado de arena.

Luego miró alrededor y se quedó helada. Estaba en el sofá, en los brazos de Marc, que dormía con la cara apoyada sobre su pelo.

Estaban tan cerca, que podía sentir el vello de su torso a través de la delgada tela del vestido…

¿Cómo había ocurrido aquello?

El único consuelo era que, aparte de las sandalias, que estaban en el suelo, seguía llevando toda la ropa puesta. Pero no se habría sentido más humillada de haber despertado desnuda.

La lámpara seguía encendida, pero el fuego de la chimenea era apenas un rescoldo.

«Tengo que salir de aquí», pensó, mirando el reloj. Eran las cuatro de la mañana.

Intentando no despertarlo, Helen saltó del sofá. Se quedó esperando un momento, nerviosa, pero Marc seguía en la misma postura, su respiración rítmica y pausada. Con las sandalias en la mano, salió de puntillas de la biblioteca, con cuidado para no pisar las maderas que crujían, y cerró la puerta.

Una vez en su habitación, y después de cerrar con llave, se desnudó y se metió en la cama, cubriéndose la cara con la sábana.

Había sido el coñac, pensó, intentando controlar las náuseas y rezando para que la cama dejara de moverse.

No podía dejar de pensar en la situación, en el repentino consuelo que había encontrado en Marc Delaroche. En aquel hombre, de entre todos. Hasta que empezó a amanecer. Entonces se levantó de la cama y decidió dar un paseo por el lago. El aire fresco la ayudaría a pensar con claridad, se dijo.

La puerta de la biblioteca seguía cerrada y, para su alivio, tenía la cocina para ella sola. Después de hacerse un café bien cargado, fue a la orilla del lago y miró la casa desde allí, preguntándose durante cuánto tiempo sería suya.

Estaba entre la espada y la pared.

No le quedaba tiempo y no encontraba otra solución más que casarse con Marc Delaroche. O rechazarlo. Pero entonces perdería Monteagle.

Pero lo que verdaderamente la asustaba era que le importase aquel hombre, que por alguna extraña carambola del destino, empezase a

amarlo. La noche anterior se había sentido segura entre sus brazos por primera vez en mucho tiempo, pero al final se quedaría sola porque así eran los hombres como él.

Y eso sería insoportable.

Helen volvió a la casa, pensativa. Se daría un baño caliente, decidió. Eso la ayudaría a pensar. Pero cuando abrió la puerta, se encontró a Marc en la bañera.

-Bonjour -la saludó, mientras se pasaba la esponja por la cara-. ¿Has venido a decir que te casarás conmigo? -preguntó luego, tuteándola por primera vez.

-Oh, no -murmuró Helen, cerrando de golpe.

A través de la puerta podía oír sus carcajadas.

Daisy estaba en la cocina fregando los platos cuando llegó, acalorada y nerviosa.

-¿Por qué está Marc Delaroche aquí y qué está haciendo en mi cuarto de baño?

-Supongo que está bañándose -contestó Daisy-. Y yo diría que el pobre se lo merece.

-¿Ah, sí? ¿Por qué?

-Hacerle dormir en el sofá, señorita Helen -la regañó su cocinera-, Sir Henry era un hombre muy hospitalario y debe estar revolviéndose en su tumba.

-No es una cuestión de hospitalidad…

-De todas formas, tengo la impresión de que vamos a seguir viendo por aquí al señor Delaroche en el futuro.

Helen estaba tomando otro café cuando sonó el timbre.

-¿Ha invitado a alguien más, señorita Helen?

-No que yo sepa. Pero quizá deberíamos preparar otra habitación, por si acaso -contestó ella, irónica.

Daisy fue a abrir y volvió poco después, agitada.

-Es ese tal Newson. Insiste en que quiere hablar con usted, así que lo he llevado a la biblioteca.

-¿Qué querrá ahora? -murmuró Helen. Unos segundos después, se reunía con él-. Buenos días, señor Newson.

-Buenos días, señorita Frayne.

-¿Quería algo?

-Pues sí. Quería saber si ha reconsiderado su respuesta. Mi equipo está dispuesto a empezar las obras en cuanto nos diga que sí.

-La respuesta es no, señor Newson. Pensé que lo había dejado claro.

-Mire, yo soy un hombre muy tolerante, señorita Frayne, pero todo el mundo sabe que han rechazado su solicitud en Londres. Ha luchado

usted bien, pero ha perdido la batalla. Yo tengo toda las cartas en la mano, no se engañe.

Pero ella tenía un as en la manga, pensó Helen. Si quería utilizarlo, claro. ¿Y qué alternativa le quedaba?

Entonces oyó el crujido de una madera tras ella y supo quién había entrado en la habitación y lo que quería oír.

La lucha había terminado… fueran cuales fueran las consecuencias.

De modo que respiró profundamente y se dirigió a Trevor Newson:

-Me temo que se equivoca, señor Newson. Voy a casarme muy pronto y mi futuro marido piensa restaurar la casa completamente. ¿Verdad, cariño?

Marc puso una mano sobre su hombro.

-Será un placer, mon amour -le dijo al oído. Iba descalzo, sin camisa, sólo con un par de viejos vaqueros-. Cuando desperté, te habías ido. Y aquí estás, charlando con otro hombre.

-El señor Newson ya se iba, ¿verdad? -sonrió Helen.

-¿Éste es su salvador? -replicó él, despreciativo-. No parece que tenga un céntimo en el banco, pero supongo que no va a casarse con un pelagatos. Es lista esta chica, desde luego. Hasta ayer, iba a casarse con otro hombre, pero la dejó y en veinticuatro horas ya tiene otro novio. ¿Dónde ha encontrado a éste, señorita Frayne?

-No me ha encontrado ella, la he encontrado yo -contestó Marc-. Y está ofendiendo a mi prometida, monsieur. Quizá le gustaría irse antes de que yo lo eche de aquí.

-¿Usted y cuántos más? -replicó Newson-. Pero me marchaba de todas formas -dijo después, al ver que Marc daba un paso adelante con actitud amenazadora-. Esto va a costarle una fortuna, amigo. Espero que merezca la pena. No muchas mujeres merecen un desembolso tan importante.

En cuanto se marchó, Helen se apartó de Marc.

-¿Normalmente recibes a la gente a medio vestir?

-Estaba terminando de afeitarme. ¿Alguna objeción?

-No es muy… digno. Y ese hombre horrible ha pensado…

-¿Que nos habíamos acostado? No puedes negar que has pasado parte de la noche en mis brazos, chérie.

-No, no puedo…

-Pero preferirías que no hubiera pasado, ¿verdad? -rió él-. En fin, te gustaría no tener que hacer este sacrificio, lo sé. Pensé que tu aversión hacia mí era demasiado fuerte, que dirías que no. -Yo también -asintió Helen. -En realidad, debería darle las gracias al señor Newson. Si no hubiera venido esta mañana, quizá tu respuesta habría

sido otra.

-¿No te da vergüenza lo que me obligas a hacer? -le espetó ella entonces-. Y todo por un capricho. Si de verdad quieres una casa histórica, hay muchas en Inglaterra. Y muchas mujeres que querrían casarse contigo.

-Pero tú eres única, ma belle. No me mientes, no me haces creer que me quieres. Has dejado claro desde el principio que sólo te interesa mi dinero. Eso es muy… refrescante.

-A mí me parece degradante -replicó Helen. Marc apartó un mechón de pelo de su cara.

-De todas formas, Héléne, hemos hecho un trato y no vamos a romperlo -sonrió, sacando algo del bolsillo-. Ahora, dame tu mano.

Helen vio cómo le ponía el rubí en el dedo. Tan precioso, pensó. Tan carente de significado.

-¿Me das un beso o tendré que robártelo?

Nerviosa, ella levantó la cara, pero en lugar del apasionado beso que esperaba, Marc fue muy dulce, sus labios moviéndose sobre los suyos con inesperada ternura. Como intentando convencerla para que respondiera… cuando ella no quería responder.

-Eres un poco fría, chérie. Pero eso cambiará cuando hayas aprendido un poco sobre el placer.

Helen dio un paso atrás.

-¿Eso es lo que crees?

-Sí, petite, eso es lo que creo -rió Marc, mirando el reloj-. Pero ahora debo irme. Debo apartarme de ti y volver a Londres.

-¿Te vas? ¿Ahora?

-Pourquoi pas? Después de todo, ya tengo lo que quería y debo preparar una reunión para mañana -contestó él, besando su mano-. Pero volveré la semana que viene. Mientras tanto, mi arquitecto vendrá con su equipo para empezar las reformas.

Pero Monteagle aún no le pertenecía, pensó Helen.

-Prefiero que lo haga la gente del pueblo, gracias.

-Muy bien, habrá obreros del pueblo, pero también tendrás a Alain -sonrió Marc-. No se lo hagas pasar muy mal, chérie. No tiene tan buen carácter como yo. Ah, una cosa más, el número de tu cuenta corriente, por favor,

-¿Para qué lo quieres?

-Para hacer una transferencia. Habrá gastos inesperados y no quiero que tengas ningún problema. Además, debes comprar el trousseau… ¿cómo lo llamáis aquí? El ajuar. Y sugiero una ceremonia civil a finales del próximo mes.

El corazón de Helen latía a toda velocidad.

-Pero dijiste que no había prisa -protestó-. Que esperarías lo que hiciera falta…

-Creo que ya he esperado suficiente. Y la noche anterior ha despertado mi apetito, chérie. Así que dame el número de tu cuenta comente y te dejaré en paz.

Irritada, Helen obedeció, dándole el papel sin mirarlo siquiera.

-Por otro lado… aún recuerdo el calor de tu cuerpo. Y podrías persuadirme para que me quedara.

Ella abrió mucho los ojos, horrorizada.

-¿Qué?

-Eso es algo que debes decidir tú, mon amour. Y te aseguro que mi cama es mucho más cómoda que el sofá.

-¿Ah, sí? Tendré que aceptar su palabra, monsieur. Adiós.

Helen se volvió hacia la ventana, sin atreverse a respirar hasta que oyó que cerraba la puerta.

Monteagle estaba a salvo. Y eso era lo único importante.

El precio… bueno, eso era diferente. Tendría que encontrar la forma de soportarlo.

Marc estaba tan convencido de que podría seducirla, pensó, clavándose las uñas en la palma de las manos. Pero se equivocaba, se equivocaba por completo.

-Puede que ahora poseas Monteagle, monsieur -murmuró-. Pero nunca me poseerás a mí… eso te lo juro.

Capítulo 7

LOTTIE miraba en silencio el rubí que había sobre la mesa. -Todo esto es una broma, ¿verdad? Esta joya es de mentira y tú no vas a casarte con Marc Delaroche.

-No, es verdad. Estoy prometida con él. Me lo propuso anoche y he aceptado esta mañana -contestó Helen.

Lottie la miraba boquiabierta.

-Eso no puede ser. ¿Hace veinticuatro horas, prácticamente estabas prometida con Nigel y ahora vas a casarte con un hombre al que acabas de conocer?

-Tú me obligaste a cenar con él.

-Sí, ya. Pero eso fue cuando creí que estabas bien de la cabeza. ¿Estás diciendo que es amor a primera vista?

-El amor no tiene nada que ver con esto. La verdad es que Marc quiere la casa y está dispuesto a pagar todas las reformas -suspiró Helen-. Pero quiere que yo sea parte del trato.

-Ay, Dios mío. Helen, véndele la casa y ahórrate un disgusto…

-Nunca venderé Monteagle y él lo sabe. Y también sabe que estoy desesperada -se encogió de hombros-. No puedo rechazarlo, Lottie. Es un matrimonio de conveniencia, por supuesto.

-Ah. entonces el acuerdo no incluye sexo. ¿O sí?

-Bueno, aún no hemos hablado de ese detalle…

-¿Que no habéis hablado de ese detalle? Mira, Simón lleva mucho tiempo fuera, pero aún sé reconocer una mirada de deseo y he visto cómo te miraba Delaroche. Y si no estás enamorada de él, no sé cómo vas a lidiar con ese «pequeño detalle». No sabía que fueras tan liberal.

Helen se quedó mirando el anillo.

-Tengo que hacerlo, Lottie. ¿Qué harías tú en mi lugar?

-Vender la casa. O podrías cerrar los ojos y dejarte llevar. A ver qué pasa.

-¿Quieres decir tumbarme y pensar en el bien del país? -rió Helen-. ¿O en Monteagle?

-Dudo que Marc Delaroche te deje pensar en algo que no sea él -suspiró su amiga-. No digas que no te he advertido.

Cuando Lottie se marchó, Helen se quedó en la cocina fregando las tazas, pensativa. ¿Tendría razón su amiga?

Cuando iba por el pasillo sonó el teléfono y, a pesar de lo tarde de la hora, decidió contestar.

-¿Héléne? -la voz de Marc la sobresaltó.

-Sí, soy yo. ¿Qué quieres?

-Todo lo que no puedo tener porque estás muy lejos -contestó él,

burlón.

-Quiero decir por qué llamas tan tarde.

-Para desearte bonne nuit. Y felices sueños.

-Ah, gracias.

-Y para decirte que, desgraciadamente, no podré estar contigo la semana que viene. Tengo que ir a Nueva York.

-Ya veo -murmuró Helen. Debería sentirse aliviada, pero no era así, todo lo contrario-. Me alegro de que me avises.

-Podrías venir conmigo.

-¿A Nueva York? No, no puedo. Imposible.

-¿Por qué? ¿No tienes pasaporte?

-Sí, lo tengo… en algún sitio.

-Entonces, sugiero que lo busques. Te hará falta para nuestra luna de miel.

-¿Luna de miel? -repitió ella. Empezaba a sonar como un eco-. Pero no hace falta una luna de miel… Si éste no va a ser un matrimonio de verdad…

-Comprobarás que es un matrimonio de verdad cuando llegue el momento, chérie. Y por supuesto que tendremos una luna de miel, aunque breve porque tengo muchos compromisos de trabajo. Un viejo amigo me ha ofrecido su villa en el sur de Francia. Está en la playa de Saint Benoit y todas las ventanas dan al Mediterráneo, ¿qué te parece?

-Me parece que ya has tomado tú la decisión -respondió Helen-. ¿Qué más da lo que yo opine?

Al otro lado del hilo hubo un suspiro.

-Entonces, piénsate lo de Nueva York, Héléne.

¿Cuándo fue la última vez que estuviste de vacaciones?

-Fui a esquiar con el colegio el último año -contestó ella-. Pero no puedo irme de aquí ahora. Hay muchas cosas que hacer y además…

-Además, pasar tiempo conmigo no es lo que más te apetece -la interrumpió Marc-. ¿Eso es lo que ibas a decir?

-Algo parecido, quizá.

-Tu candor es admirable, Héléne. Pero un día, o mejor una noche, tendremos que discutir tus ideas con más detalle. Mientras tanto, sugiero que uses parte del dinero que he transferido a tu cuenta para contratar personal de servicio.

-No hace falta -protestó Helen-. Podemos arreglarnos y…

-No es una cuestión de «arreglarse». Monsieur y Madame Marland ya no son jóvenes y supongo que decidirán jubilarse algún día, pero mientras tanto querrán ayudar. Sobre todo, cuando tú no estés en casa.

-Pero yo estoy siempre aquí.

-Hasta ahora, quizá. Pero eso va a cambiar -dijo Marc-. Serás mi esposa, Héléne, no un ama de llaves. No sé si lo he dejado suficientemente claro, pero cuando tenga que viajar al extranjero, espero que vengas conmigo.

-¿Esperas que sea tu acompañante?

-Mi acompañante -dijo él- y mi amante. Dormir contigo entre mis brazos fue tan dulce, chérie, que estoy deseando repetir la experiencia.

-Gracias -consiguió decir Helen, intentando106

convencerse de que el temblor que la recorría de pies a cabeza era de rabia-. ¿Alguna orden más o puedo colgar?

-Si te diera órdenes, vendrías a Nueva York conmigo, Héléne -rió Marc-. Que duermas bien, mon ange. Pero piensa en mí cuando cierres los ojos.

Era turbador que Marc Delaroche quisiera compartir su vida con ella, pensaba Helen después. Empezando por la luna de miel en el sur de Francia…

Una vez en su habitación, guardó el anillo en el cofre donde guardaba también el collar de perlas de su abuela. Su abuelo se lo había regalado el día que cumplió dieciocho años y era el único objeto de valor que poseía.

Joyas como aquel rabí no iban con su estilo de vida, pensó. Y tampoco pensaba contratar más personal de servicio. La llegada del arquitecto y los albañiles unos días después ya sería invasión suficiente.

Pero eso no era todo, pensó, mirando su mano. Una parte de ella seguía rebelándose ante una decisión que se había visto obligada a tomar contra su voluntad. Y no quería admitir que tanto ella como Monteagle pronto le pertenecerían a Marc por completo.

«Piensa en mí».

Desde luego que pensaría en él. No podía dejar de pensar en él. Despierta y dormida. Y eran sueños de los que se avergonzaba por la mañana. Sueños tan reales, que cuando despertaba se encontraba alargando el brazo para tocarlo…

Helen se tumbó en la cama, furiosa, y escondió la cara en la almohada.

-Maldito seas -murmuró-. Maldito seas, Marc Delaroche.

Por la mañana, con la ayuda de Daisy, consiguió quitar los pesados cortinajes del dormitorio principal y los llevó al pueblo para dárselos a la señora Stevens.

La mujer admiró los antiguos bordados con expresión embelesada.

-Será un placer. Empezaremos a cortar de inmediato, mientras usted busca la tela. Por cierto, me han dicho que va a casarse, señorita

Frayne. Con un caballero francés. ¿Es verdad?

-Sí, es verdad -suspiró Helen.

-¿Y dónde se han conocido?

-En Londres.

«Pero no me pregunte cuándo».

La señora Stevens sonrió, satisfecha.

-Le deseo toda la felicidad del mundo, señorita Frayne.

-Gracias -murmuró ella, incómoda.

Cuando pasó por la vicaría para decirle a la señora Lowell que ya no harían visitas guiadas en Monteagle, la mujer la abrazó, emocionada.

-Me han dicho que te casas. Y con un hombre muy guapo, además. Jeff, cariño, ahora tenemos una excusa para abrir esa botella de champán que ganaste en la tómbola.

-Espero que no aparezca por aquí ninguno de mis feligreses -rió su marido, sacando las copas-. Me echarían de la iglesia.

-¿Vas a casarte en la iglesia del pueblo? -preguntó la señora Lowell.

-Me temo que no. Será una boda civil, en Aldenford.

-Me encantaría celebrar un pequeño servicio religioso después, si quieres -se ofreció el vicario-. Podrías comentárselo a tu prometido.

-Sí, sí, por supuesto -murmuró Helen.

Afortunadamente, nadie sabía que aquél era un matrimonio sin amor. Pero seguía recordando las palabras de Marc: «tú has dejado claro desde el principio que sólo te interesa mi dinero».

Por alguna razón, esa frase le revolvía el estómago.

Cuando llegó a Monteagle una hora después, su casa era un caos de camiones, furgonetas y andamios. Helen se detuvo a mirar y un hombre bajito se acercó, con cara de pocos amigos.

-Lo siento, pero la casa no está abierta a los turistas.

-¿Quién ha dicho eso?

-Marc Delaroche, el propietario de Monteagle.

-Aún no es el propietario -replicó Helen, indignada-. Soy Helen Frayne y la casa sigue siendo mía, que yo sepa. Supongo que es usted el arquitecto.

-Sí -contestó él-. Soy Alan Graham. Encantado de conocerla, señorita Frayne -añadió, sin mucha convicción.

-Marc me dijo que vendría… pero no sabía que lo tendrían todo dispuesto.

-Marc quiere que nos pongamos a trabajar lo antes posible.

-Pero no entiendo cómo han reunido todos estos camiones y a toda esta gente en veinticuatro horas. Parece como si estuviera preparado

de antemano -dijo Helen.

-¿Eso importa? La casa necesita reformas y nosotros estamos aquí para hacerlas. Y no podemos perder tiempo. ¿Hay alguna habitación que pueda usar como oficina, señorita Frayne?

-El estudio de mi abuelo -contestó Helen-. ¿Puedo preguntar dónde va a hospedarse toda esta gente?

-Eso no es un problema. Tienen alojamiento en Aldenford y yo he reservado habitación en el Monteagle Arms.

-Ah, ya. Me temo que no estará muy cómodo allí.

-Eso me ha dicho Marc -sonrió Alan Graham-. Pero no estaré mucho tiempo. Mi mujer está buscando una casita cerca de aquí.

-¿Y las comidas?

-Tenemos un servicio de catering.

Aparentemente, Marc lo tenía todo planeado, pensó ella, furiosa.

Cuando entró en la cocina, Daisy iba de un lado a otro, inquieta.

-Qué susto me he dado cuando he visto los camiones. El señor Delaroche no pierde el tiempo, ¿verdad?

-No, desde luego que no -contestó Helen.

-Ya han empezado a trabajar en el dormitorio principal.

-¿Ah, sí?

-Sí. El retrato de Helen Frayne ha sido enviado a Londres para limpiarlo y van a convertir el vestidor y el cuarto contiguo en un cuarto de baño. Parece que el señor Delaroche quiere que ése sea su dormitorio después de la boda -siguió Daisy, emocionada.

-¿No me digas?

El dormitorio principal, pensó Helen, creado especialmente para el propietario de Monteagle… y su novia comprada.

Cuando Marc llamó por la noche, Helen estaba preparada para decirle cuatro cosas.

-Lo tenías todo preparado -le espetó-. Incluso antes de venir aquí sabías que ibas a hacerte cargo de las reformas de Monteagle, ¿verdad?

-Tu solicitud me pareció muy interesante, sí. Y luego te conocí, ma belle, y la fascinación fue total -contestó él-. Pero tenía un rival, así que decidí ofrecerte un préstamo sin interés, esperando que mi generosidad fuera recompensada más tarde.

-¿Y por qué no lo hiciste?

-Porque descubrí que Nigel te traicionaba y que pronto no habría rival. Sabía que no querrías ser mi amante, así que te ofrecí el dinero como regalo de boda. ¿Te parece mal?

-¡Me parece fatal! Te pedí que me prestaras el dinero, Marc… Te lo supliqué.

-Pero los dos hemos conseguido lo queríamos, monseur -la interrumpió Marc-. Y eso es lo único importante. ¿Por que cuestionar los métodos?

-Porque me has engañado. Te has portado con una absoluta falta de escrúpulos. ¿Eso no te preocupa?

-No me preocupa, lo confieso. Pero si quieres, me sentiré avergonzado durante cinco minutos cada día.

Helen intentó hablar, pero no le salían las palabras, de modo que colgó el teléfono.

Marc no la llamó al día siguiente, ni al otro. Pasó una semana y seguía sin dar señales de vida.

Y Helen no sabía cómo ponerse en contacto con él. Con el hombre que iba a ser su marido.

Seguramente, seguiría en Nueva York, pensó, dándose la gran vida.

Pero tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Su casa era un caos, con suelos arrancados, paredes picadas, el estruendo de las sierras mecánicas martilleando de la mañana a la noche…

Su sueño se estaba haciendo realidad: Monteagle volvía a la vida. Si su abuelo pudiera verlo, pensaba.

Alan Graham se mostraba un poco distante, pero sabía hacer su trabajo y Marc estaba poniendo una fortuna en el proyecto, de modo que no tenía queja.

Monteagle era lo único que importaba, se recordó a sí misma.

Durante aquellos días observó, admirada, cómo el dormitorio principal volvía a ser un cuarto del siglo XVII y las mujeres del pueblo estaban cosiendo los bordados originales sobre una tela de satén dorado que Helen había comprado en Londres.

Sin el oscuro papel de la pared, con el techo reparado y las paredes recién pintadas, la habitación estaba quedando preciosa. En otras circunstancias, habría sido una habitación en la que Helen podría haber sido feliz…

Pero no debía pensar en eso. La felicidad era algo inalcanzable.

Y Marc no había vuelto a llamarla. Por supuesto, lo estaba pasando demasiado bien en América como para preocuparse de una fría novia en Inglaterra.

Pero el miércoles siguiente, mientras estaba en el jardín observando cómo arreglaban el tejado, oyó que se acercaba un vehículo.

No miró hacia atrás porque siempre había coches yendo y viniendo… hasta que oyó la voz de Marc, llamándola.

Helen se volvió, incrédula, y lo vio a unos metros de ella, con un pantalón gris y una camisa oscura. Marc abrió los brazos y Helen se

acercó, insegura, temblando, sintiendo un anhelo desconocido.

Todas esas noches solitarias sin poder pensar en nada más que en él, en sus besos, en sus brazos… todos esos sueños que le daba vergüenza recordar por la mañana.

De repente, quería abrazarlo, enredar los brazos en su cuello, besarlo… y se dio cuenta de que estaba en peligro.

Cuando Marc buscó sus labios, ella volvió la cabeza para que la besara en la mejilla. -La gente está mirando.

-Eso puede remediarse -replicó él, tomándola en brazos.

-¿Qué haces?

Marc no contestó. Cuando llegaron a la casa, esperó que la dejase en el suelo, pero no lo hizo. La llevó hasta el dormitorio principal, subiendo los escalones de dos en dos.

-¿Qué demonios estás haciendo? Déjame en el suelo ahora mismo.

-A votre service, mademoiselle -contestó él, con frialdad, triándola sobre el colchón.

-¿Cómo te atreves a tratarme así? -exclamó Helen, sentándose sobre la cama-. Si crees que estas tácticas de hombre primitivo van a impresionarme, te equivocas.

-Esto no es nada comparado con lo que quiero hacerte. Y lo que haré si vuelves a negarme un beso, en público o en privado.

Helen se mordió los labios.

-Es que tu llegada me ha pillado por sorpresa.

-Evidentemente. ¿Es por eso por lo que no llevas puesto el anillo?

-Estoy viviendo en medio de una obra, no quiero que se estropee o se pierda.

Marc la miró, escéptico.

-¿O te recordaba demasiado lo cerca que está nuestra boda?

-¿Qué esperabas, que me echase en tus brazos?114

-Si no una cálida bienvenida, al menos sí espero cierta cooperación.

Marc volvió a tumbarla sobre la cama y se tumbó a su lado. Luego empezó a besarla, tomándose todo el tiempo del mundo. Helen puso una mano sobre su pecho, intentando poner cierta distancia. Al fin y al cabo estaban solos y nadie subiría a molestarlos. No podía arriesgarse a que Marc se dejara llevar…

Sin embargo, sus labios se abrían a pesar de ella misma, para permitir la invasión de su lengua.

Sus doloridos pezones parecían querer salirse del sujetador.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Marc empezó a desabrochar su camisa y Helen no se atrevía a respirar. Con los ojos cerrados, el sol que entraba por la ventana acariciando sus párpados,

el pulso latiendo a un ritmo frenético, esperando, esperando…

Marc besó su frente, apartó un mechón de pelo con los labios, descubrió la delicada cavidad de su oreja con la lengua, besó su cuello.

Luego apartó la camisa y el delgado tirante del sujetador e inclinó la cabeza. Y por primera vez en su vida, Helen experimentó el delicioso placer de sentir los labios de un hombre sobre su pecho. Y supo que quería más. Mucho más. Y eso la asustaba.

Entonces, de repente, Marc se apartó.

-Je suis desolé -murmuró-. Pero tengo que ver a Alain.

Para Helen fue como un jarro de agua fría.

Nerviosa, se cerró la camisa e intentó recuperar la dignidad perdida.

-Siento haberte causado alguna molestia.

-Au contraire. Tu est toute ravissante -sonrió Marc, burlón.

Helen apretó los labios, furiosa. Había estado a punto de dejar que… de dejar…

Debería haber sido ella quien se apartara, no él. ¿Cómo había podido ser tan tonta?

-Pero no tardaré mucho. Quizá quieras esperarme aquí…

-¡No!

-Quel dommage. Pensé que podrías enseñarme cómo van las reformas y…

-Lo siento, pero ya no hay visitas guiadas. Y lo único que quiero es no volver a verte en mi vida.

-Qué voluble eres, chérie. Hace un momento… -Marc no terminó la frase, suspirando exageradamente-. Por cierto, cuando venía para acá me he encontrado a la señora Lowell. Me ha hablado de la oferta de su marido de organizar un pequeño servicio religioso después de la boda civil y le he dicho que aceptábamos, por supuesto.

-¿Que has dicho qué? -exclamó Helen, levantándose de un salto-. ¿Cómo has podido hacer eso? Los Lowell son una pareja encantadora y creen en el matrimonio. En el matrimonio de verdad, claro. Es una hipocresía involucrarlos en… en esta sórdida farsa.

Marc apretó los labios

-Quizá, chérie, pienso que, a pesar de lo que acaba de ocurrir entre nosotros, esta «farsa» necesita un poco de ayuda.

Luego la tomó por los hombros y la besó con fuerza, un beso sin ternura, casi como un castigo.

Cuando la soltó, sus ojos brillaban, fieros.

-Así que entiende esto, Héléne: nuestro matrimonio será un matrimonio de verdad. Tienes mi palabra.

Luego salió de la habitación, abriendo un espacio como una abismo entre los dos.

Capítulo 8

ELEN se llevó una mano a los labios, intentando controlar los furiosos latidos de .su corazón.

—No debería haber dicho eso -murmuró.

Pero quería hacerle daño, enfurecerlo. Quería vengarse porque Marc no la había llamado, por sus sueños y su soledad. Y sobre todo por cómo la hacía sentir cada vez que la tocaba. Pero la venganza no había sido tan dulce como esperaba.

Y, al fin y al cabo, ella había aceptado el acuerdo. Por Monteagle. Y Marc estaba gastándose una fortuna en renovar la casa de su familia.

Volvía del jardín con una cesta llena de rosas que había pensado colocar en la habitación como oferta de paz cuando oyó decir a Alan Graham:

-¿Qué vas a hacer con Angeline Vallon? No va a desaparecer y seguramente ya sabrá que vas a casarte. Podría causarte problemas… y tu prometida podría enterarse, además.

-Me encargaré de que no sea así -contestó Marc-. Te preocupas demasiado, mon ami. Yo me encargaré de Angeline y de ese idiota celoso con el que está casada. Y Héléne no tiene por qué saberlo.118

Helen se quedó paralizada. Debería alegrarse de que hubiera otra mujer en su vida, pensó. Sentirse aliviada por que su matrimonio tuviera tan poca importancia para él.

Pero no era así.

Y nunca, jamás, debería hacerle saber cuánto le había dolido descubrir su secreto. Helen ni siquiera se preguntó por qué. El instinto le decía que era mejor no conocer la respuesta.

El vestido no era blanco, se dijo Helen a sí misma. Era de color marfil. Una diferencia enorme en cuanto a simbolismo. Pero era un vestido de novia. El vestido que iba a llevar para casarse con Marc Delaroche.

En una hora.

Se acercaba el momento y cada vez estaba más nerviosa. Y más pálida, a pesar de los esfuerzos de la maquilladora. Sobre la cama había un juego de maletas. Dentro estaba su ajuar que Lottie, una vez convencida de que iba a casarse con Marc, la había obligado a comprar.

Incluyendo, por supuesto, el vestido de novia de seda color marfil. La falda llegaba por debajo de la rodilla y el corpiño se sujetaba con unas delgadas cintas que, en aquel momento, estaban escondidas bajo la chaqueta a juego, con una docena de botones forrados con la misma

tela.

Era precioso, pensó Helen, mirándose al espejo. En realidad, no había necesitado que Lottie la convenciera para comprarlo.

-No seas tonta -le había dicho su amiga mientras elegía vestidos de cóctel, ropa de sport y ropa de playa para la luna de miel-. Vas a casarte con un millonario, cariño. Y estás a punto de ir a una de las playas más elegantes de la Riviera francesa. No puedes ir en vaqueros.

Lottie se sorprendió al ver que elegía un conjunto de ropa interior de algodón blanco, sin encajes. Y un camisón muy discreto.

Pero para eso, pensaba Helen, Marc ya tenía a otra.

Aunque no hubiera escuchado la conversación, lo habría imaginado. Porque desde el último encuentro en el dormitorio principal, Marc no había intentado tocarla. Ni siquiera se quedaba a solas con ella, prefiriendo alojarse en la casa que los Graham habían alquilado en el pueblo.

Pero eso terminaría aquella noche. En unas horas, estarían solos en la Riviera, en una habitación con vistas al Mediterráneo. Y, a pesar de la frialdad con la que se había portado últimamente, estaba segura de que Marc querría compartir su cama con ella, querría que se sometiera a todos sus deseos.

Pero Helen estaría en guardia.

Tenía que intentarlo, al menos. Porque aquel era el precio que tenía que pagar por Monteagle y no había forma de escapar.

A menos que Marc la dejase ir.

Helen se sorprendió al ver que la iglesia estaba llena de gente cuando entró con Marc de la mano.

Mucha gente había ido por curiosidad, claro. Para ver al millonario francés que había conquistado a Helen Frayne. Pero la mayoría habían ido a desearle felicidad.

Le habría gustado decirles: «No os engañéis. Esto es un fraude, un negocio».

La boda en el registro civil había sido muy rápida. Marc le había dicho que estaba muy guapa. También él estaba muy guapo con un traje oscuro, pero no se lo dijo. Sólo le dio las gracias por el ramo de rosas amarillas que le había enviado.

Las palabras del vicario sobre el regalo del amor parecían llegarle desde muy lejos, como si fueran dirigidas a otra persona.

«Esto está mal. Lo que estamos haciendo está mal». Se arrodilló al lado de Marc para recibir la bendición y le sorprendió ver que él hacía la señal de la cruz.

Cuando se levantaron, él tomó su mano.

-Ma femme -dijo en voz baja.

Sin soltar su mano, caminaron por el pasillo seguidos por los murmullos de la gente. Sin duda estaban encantados de ver cumplido el mito del amor, pensó, irónica y triste al mismo tiempo.

Pero cuando estaban a punto de salir, descubrió la verdadera razón de los murmullos. Nigel estaba en la iglesia, apoyado en la pared, sonriendo.

Por un momento, Helen pensó que era una alucinación, una pesadilla. Porque Nigel era la última persona a la que había esperado ver allí.

El coche estaba esperándolos en la puerta para llevarlos al aeropuerto y, de repente, Helen quería salir corriendo. Marcharse de allí sin despedirse de nadie, desaparecer.

Pero era imposible.

En algún momento, Marc debió soltar su mano porque se encontró sola.

-¿Puedo besar a la novia? -oyó la voz de Nigel, que se acercó para rozar su mejilla con los labios-. Por cierto, pregúntale a tu marido por Angeline Vallon. A ver qué te dice.

«No tengo que preguntarle porque ya lo sé», pensó Helen, pero Nigel ya había desaparecido entre la gente.

Marc se acercó entonces, su rostro una máscara impenetrable.

-Creo que es hora de irnos, Héléne.

Fueron en silencio hasta el aeropuerto y el silencio continuó durante el viaje. Marc se había disculpado porque tenía trabajo que hacer.

-Pero enseguida estaré contigo -le había dicho, irónico, antes de ponerse a estudiar unos papeles.

El vuelo debería haberla relajado, pero no podía dejar de pensar en Angeline Vallon.

Que era la amante de Marc debía de ser la comidilla de todo Londres si Nigel lo sabía. El sentido común le decía que debía comentarlo con él, que debía hacerle saber que no era tan ingenua.

Pero Marc no le había prometido que sería fiel. Y tampoco lo había hecho ella. Además, todo podría ser más fácil si sus necesidades físicas eran satisfechas en otra cama, pensó.122

Poco después, llegaron a Saint Benoit, un pueblo precioso con un paseo marítimo lleno de restaurantes y casinos.

-Quizá quieras venir alguna noche a probar suerte -sugirió Marc.

-No lo creo. Mi padre era el jugador de la familia y yo no quiero seguir sus pasos -contestó Helen.

-Muy bien. Entonces, iré yo solo.

A la villa Mirage se llegaba por una serpenteante carretera. Era

una mansión grande, blanca, típicamente mediterránea, con un jardín lleno de palmeras.

En otras circunstancias, Helen habría estado encantada. Pero no era así, tenía miedo.

Los propietarios, Thierry y Nicole Lamande, estaban de viaje en el extranjero, le había dicho Marc, pero el servicio, Gastón y Elise, se encargaría de ellos.

-Espero que no te parezca un sitio muy apartado.

Gastón, un hombre taciturno, se encargó de llevar las maletas. Y Helen comprobó, sorprendida, que iban a alojarse en dos habitaciones. Seguramente, por orden de Marc.

De modo que podía respirar tranquila.

Y eso hizo. Salió a la terraza y respiró la deliciosa brisa del Mediterráneo.

-Todo va a salir bien, todo va a salir bien.

Se volvió para entrar de nuevo en la habitación y dejó escapar un grito al ver a Marc apoyado en el quicio de la puerta.

-Qué susto me has dado.

-Te alarmas fácilmente, chérie. Sólo he venido a decirte que la cena estará lista en veinte minutos.

-Muy bien, bajemos entonces.

-Ese vestido es precioso, Héléne. Quizá deberíamos dar una fiesta cuando volvamos a Monteagle… para que la gente pueda admirarlo de cerca.

-¿Una fiesta? ¿No te aburrirías en una fiesta de pueblo? -le espetó Helen.

-Si tú estás a mi lado, no.

Cenaron en la terraza: tarrina de verduras y unos pollitos adobados con vino de la tierra. Después, milhojas de crema. Pero cuando llegó el momento del café, Helen se negó a probar el coñac.

-¿Temes volver a quedarte dormida? -bromeó Marc-. Te prometo que no dejaré que lo hagas.

El corazón de Helen dio un vuelco.

-¿Elise ha hecho todo esto? -preguntó, para cambiar de tema-. Es una cocinera increíble.

-Mucha gente estaría de acuerdo. Han intentado robársela a Thierry y Nicole varias veces, pero ella es una persona leal.

-Ha sido un detalle por su parte dejarte esta casa tan bonita.

-Y yo siento que sólo tengamos una semana -suspiró Marc-. Pero quizá podamos hacer otro viaje más adelante… al Caribe, quizá. ¿Te gustaría?

-Sí, suena estupendo -contestó Helen, sin mirarlo.

-¿Estás cansada?

-Un poco.

Marc se levantó y tomó su mano.

-Tengo que afeitarme. Pero me reuniré contigo enseguida.

Helen subió a su habitación y cerró la puerta, con una mano sobre el corazón. La lámpara estaba encendida y uno de sus camisones, el blanco, extendido sobre la cama.

De modo que, aunque había otra mujer en su vida, Marc no pensaba dejar pasar la oportunidad de poseer a su flamante esposa.

Ahora, además del miedo, tenía que sufrir la humillación de compartirlo. Incluso en su noche de bodas, Marc le negaba el consuelo de saber que, aunque fuera sólo durante unas horas, su marido sería todo suyo.

-Y yo había pensado que podría controlar esto -murmuró, al borde de las lágrimas.

¿Cómo iba a soportarlo?, se preguntó, enterrando la cara entre las manos.

No oyó que se abría la puerta, pero el instinto le advirtió que no estaba sola. Cuando levantó la mirada, vio a Marc por el espejo, con una bata de seda negra. Y sabía que no llevaría nada debajo.

-Pensé que estarías en la cama, ma belle.

-El vestido… no podía desabrocharlo -murmuró Helen.

-Podrías haberme pedido ayuda, Héléne.

Marc la tomó por los hombros y empezó a bajar la cremallera del corpiño. Helen sintió sus labios en la espalda, en los hombros, sintió que apartaba los tirantes del vestido. Intentó sujetarlo, cubrirse de alguna forma, pero Marc no la dejó.

-Mon ange.

Mi ángel, pensó. Mi… Angeline. ¿Eran esas las caricias con las que seducía a su amante?, se preguntó.

Las mujeres de Marc… tan fácilmente intercambiables.

Pero sólo si ella lo permitía.

-No, no, Marc, por favor.

-Qu'as tu? ¿Qué ocurre?

-No puedo hacerlo -contestó Helen-. Pensé que… pero es imposible.

-Mon amour -murmuró él-. No debes temer nada. ¿Crees que te haría daño? Te prometo que no será así.

Pero iba a hacérselo. Helen sabía que iba a hacérselo.

-Por favor, déjame ir. No puedo ser lo que tú quieres… hacer lo que tú quieres. Dijiste que serías paciente…

-Paciente -repitió Marc, incrédulo-. ¿Te atreves a decirme eso? Mon

Dieu! ¿Es que no he sido paciente? Incluso cuando pude hacerte mía, me retiré, esperando el momento adecuado, el día en que fueras mi esposa.

—Hicimos un trato, nada más…

-Mais oui. Tenemos un trato… esta sórdida farsa nuestra -la interrumpió él-. Con la que tú estuviste de acuerdo, aunque ahora lo lamentes.

-Me tiraste un salvavidas y te lo agradecí. No quise pensar en las implicaciones personales… hasta ahora.

-¿Ni siquiera cuando estabas en mis brazos, ma bellel -rió Marc-. Creo que mientes. ¿Y porqué debería yo cumplir mi parte del trato si tú no lo haces?

Helen se quedó en silencio durante unos segundos.

-¿Quieres decir que pararías las reformas si yo no…? No puedes hacer eso, Marc. Además, me prometiste…

-Tú también has hecho una promesa. Hoy mismo, ante el altar. Y si tú puedes romperla, yo también -la interrumpió él-. O quizá prefieras pensártelo, querida. Después de todo, aún queda el resto de la noche. Y supongo que por tu querido Monteagle, podrías soportar esta pequeña inconveniencia. Pero no me hagas esperar demasiado -añadió, abriendo la puerta-. Y esta vez, madame, tú vendrás a mí.

«Esta pequeña inconveniencia».

No la entendía, no entendía nada. Había pensado que tendría que fingir un orgasmo con él, pero era todo lo contrario. Tendría que fingir indiferencia, mostrarse digna por lo menos.

Sólo podía esperar que Marc se aburriera de su pasiva resistencia. Pero hasta entonces…

Helen entró en el baño y se metió bajo la ducha. Tendría que ir a su habitación, tendría que cumplir con su deber de esposa.

Unos minutos después, se ponía el camisón blanco de seda, que cayó sobre su piel como una caricia, como las que estaban por llegar.

Luego salió al pasillo. La puerta del dormitorio de Marc estaba medio abierta y sólo tuvo que empujarla.

Capítulo 9

MARC estaba apoyado sobre un codo, en la cama. Esperando, se percató Helen, sin la mínima duda de que iba a aparecer, saboreando la victoria.

Pero no había ningún brillo de triunfo en sus ojos.

Apartó la sábana para indicarle que se tumbara a su lado y Helen obedeció, completamente rígida, intentando controlar los latidos de su corazón. No quería pensar en su cálida desnudez, ni en los ojos oscuros que estudiaban su rostro.

-Héléne, ¿sabes cuánto tiempo he deseado que llegara este momento? -murmuró, acariciando el escote del camisón-. C'est tres jolie, ga. Pero creo que estarías más guapa sin él.

Helen dejó que se lo quitara, que acariciase sus pechos. Pero, por muy decidida que estuviera a resistir, no pudo evitar que sus pezones se endurecieran ante el contacto masculino. Como no podía evitar el delicioso calor entre sus piernas…

Pero cuando Marc intentó tocarla allí, Helen sujetó su mano.

-No, por favor. No me toques.

-Ah, mon amour. Relájate, por favor. Deja que esta noche sea preciosa para los dos.

-¿Preciosa? Me ha comprado por sexo, monsieur. ¿Cómo va a ser una noche preciosa? Pero da igual… sólo quiero que acabe cuanto antes.

Marc se puso tenso.

-Héléne, no sabes lo que dices.

-Sí lo sé. Estoy harta de esta hipocresía, de ser otra más en una larga lista de mujeres. Esposa o no. Y no quiero que me toques, ni que me beses. Así que hazlo y déjame ir. Porque no te deseo y no lo haré nunca.

La carcajada masculina la pilló por sorpresa.

-¿Y ahora qué, madamel ¿Esperas que admita la derrota y te devuelva a tu virginal santuario? ¿Es eso? Y luego supongo que querrás una discreta anulación. Pues sigue soñando, mon coeur. Porque no pienso dejarte ir hasta que nuestro matrimonio sea una realidad.

Antes de que ella pudiera reaccionar, Marc se había colocado encima. Levantó el camisón con una mano, mientras con la otra abría sus piernas salvajemente.

-Te odio -murmuró Helen.

-Ése es tu privilegio. Éste es el mío -dijo Marc.

Helen se quedó inmóvil mientras la penetraba, con los ojos

cerrados, apretando los labios para no llorar de dolor.

Pero no hubo necesidad. No había esperado que Marc fuese tan considerado, pero lo fue. Empujaba con suavidad, con cuidado para no hacerle daño.

Sin embargo, al mismo tiempo era algo vacío. A pesar de su ignorancia en temas de sexo, Helen se daba cuenta de que no debía ser así. Ella misma le había pedido que no la tocara, que no la besara, y Marc hacía un esfuerzo para no rozarla apenas.

Pero mientras, angustiada, se percataba del error que estaba cometiendo, sintió algo dentro de ella, una palpitación, como si los pétalos de una flor se estuvieran abriendo bajo el sol.

Al mismo tiempo, notó que la respiración de Marc se agitaba, que se convulsionaba violentamente sobre ella.

Lo oyó gritar algo, no sabía qué, con voz ronca, antes de que cayera sobre su pecho, agotado.

Pero se apartó enseguida, y se cubrió la cara con un brazo.

Helen se quedó inmóvil, intentando acostumbrarse a la extraña sensación entre sus piernas, al vacío que había empezado a formarse en su corazón.

-¿Puedo irme ahora?

-Pourquoi pas? Supongo que no quieres dormir entre mis brazos. Así que vuelve a tu santuario, pequeña tramposa.

Sus palabras le dolieron. Especialmente porque, incluso después de lo que había pasado, Helen sabía que le costaría trabajo rechazarlo.

-No te he engañado. He hecho lo que esperabas de mí.

-¿Ah, sí? No sabes nada, chérie.

-¿Qué quieres decir?

-Que eres una tramposa porque ahora eres víctima de ti misma -suspiró Marc-. Te estás engañando, te privas del calor y la pasión de ser una mujer y lo haces deliberadamente. ¿O crees que no me he dado cuenta?

Helen volvió a su habitación, pensativa. ¿Qué estaba haciendo?

-Podría haber sido peor… podría haber sido mucho peor.

Por la mañana, bajó a desayunar después de haber pasado la noche dando vueltas y vueltas en la cama. Se sentía completamente perdida, asustada.

Pero debía tener cuidado. Después de todo, Marc era su marido y, por lo tanto, poseía la mitad de Monteagle. Y eso era lo único que le importaba. No podía perder la casa ahora, después de… de todo lo que había pasado.

De modo que lo mejor sería portarse como una novia radiante, como si la noche anterior hubiera sido la más maravillosa de su vida.

—Bonjour, madame -la saludó Elise-. ¿Quiere desayunar?

-Sólo un café, por favor. ¿Dónde está el señor Delaroche?

-Ha ido a dar un paseo por las colinas, madame. Pero volverá a la hora de comer porque voy a hacer sopa de pescado y es su plato favorito -sonrió Elise, orgullosa.

Helen se tomó el café, pensativa. Al otro lado de la casa estaba la piscina y decidió darse un baño, dejar de pensar, dejar de darle vueltas a lo que había pasado la noche anterior. A lo que volvería a pasar esa noche. O no.

Pero mientras tomaba el sol, sintió que alguien la estaba mirando.

Marc.

-¿Qué tal? -preguntó él, su mirada oculta tras unas gafas de sol.

-Bien. ¿Qué tal tu paseo?

-Bien, gracias. No quería molestarte, pero Elise ha insistido en que viniera a darme un baño. Creo que piensa que he abandonado a mi flamante esposa y le parece imperdonable. ¿Quieres nadar conmigo un rato?

-No. Quizá en otro momento.

-Ya veo -suspiró él, quitándose las gafas de sol-. ¿Quieres que hablemos de lo que pasó anoche?

-¿Piensas disculparte?

-¿Disculparme? No -contestó Marc-. Pero ninguno de los dos se portó de una forma muy sensata. Supongo que estarás de acuerdo. Yo creo que deberíamos dejar eso atrás, Héléne.

-¿Cómo vamos a hacerlo? -preguntó Helen.

-Aceptando que es el presente y el futuro lo que de verdad nos importa.

-¿Qué futuro es ése?

Él dejó escapar un suspiro.

-Eres mi esposa, Héléne. ¿Quieres que vivamos como dos extraños?

-Eso es lo que somos.

-Ya no lo somos, chérie. Pero tú pareces haber decidido que ya no me deseas.

-¿Te he deseado alguna vez?

—Tú sabes que sí -contestó Marc-. Y lamento no haberte seducido cuando tuve oportunidad…132

-¿Tan fácil me crees?

-No, todo lo contrario. Pero eres mi esposa, Héléne, y te deseo… deseo mostrarte lo hermoso que puede ser hacer el amor. Si me dejas -murmuró él, intentando tomar su mano, pero Helen la apartó-. Oh, mon Dieu. Deja de pelearte conmigo. Deja que vaya a tu habitación esta noche y te haga el amor, Héléne. Sólo quiero hacerte feliz.

-¿De verdad? A mí me parece que sólo te preocupa tu propia satisfacción.

-Muy bien -suspiró él entonces-. Sois tranquille, no volveré a pedírtelo -añadió, antes de tirarse al agua de cabeza.

Helen se levantó y corrió escaleras arriba sin mirar atrás. Buscando refugio. Pero sabía que no se sentiría segura mientras estuvieran bajo el mismo techo.

Bajó a comer cuando Elise, sorprendida, fue a buscarla a su habitación. Marc estaba esperando en la terraza, sin disimular su impaciencia.

La sopa de pescado era riquísima, pero Helen apenas pudo saborearla. Y tampoco probó la carne fría con ensalada que Elise había preparado con tanto cariño. Como postre, tomó sólo un melocotón.

Decidió no tomar café y estaba levantándose cuando Marc la detuvo:

-Un momento, Héléne. Sea cual sea nuestro arreglo privado, debemos comportarnos con normalidad delante de la gente. Como si fuéramos nouveaux mariés. No vamos a quedarnos aquí mucho tiempo, pero debemos salir juntos… en público.

Helen se mordió los labios.

-¿Es necesario?

-Me temo que sí. La noticia de nuestra boda habrá llegado a las revistas y seguramente habrá paparazzi esperándonos en el paseo marítimo. Debemos mostramos como dos enamorados, Héléne. Lo que pase después, tras una puerta cerrada, es nuestro problema.

-Muy bien, de acuerdo.

-Sugiero que vayamos a Saint Benoit. Tenemos un chófer a nuestra disposición, así que no tendrás que estar a solas conmigo. Y sugiero que no te pongas un biquini muy pequeño, por si acaso verte medio desnuda me excita de una forma salvaje…

-Por favor, no hables así.

-Tus condiciones son demasiado duras, ma belle -exclamó Marc entonces-. No puedo acostarme contigo, no puedo nadar contigo y es evidente que preferirías comer sola. Pero no pienso medir mis palabras, ¿está claro?

-Muy claro -contestó Helen.

-Media hora entonces. E intenta, si puedes, sonreír a las cámaras, como si fueras feliz. No te preocupes, esta semana pasará pronto.

Cuando volvieron a la villa por la noche, Helen

había llegado a una conclusión.134

Durante el día haría el papel de su esposa, pero quería las noches para sí misma. Tenía que sobrevivir y para ello debía pasar las noches

sola.

De modo que, cuando Marc la invitó a ir con él al club náutico, Helen rechazó la invitación, alegando que le dolía la cabeza.

-Pobrecita. ¿Quieres que me quede contigo?

-No hace falta, gracias. Tomaré una aspirina. Además, no estás atado a mí, puedes ir donde quieras.

-Qué dulce eres. Y qué comprensiva -dijo Marc, irónico-. No te molestaré cuando vuelva.

Elisa, que estaba limpiando la mesa y había oído la conversación, los miró con gesto de reproche, como diciendo que una recién casada debería darle la bienvenida a su marido, dolor de cabeza o no.

-Que duermas bien, chérie.

Suspirando, Helen entró en el salón para descansar un rato. La tensión la tenía completamente agotada. Para matar el tiempo, tomó una revista y… el nombre de Angeline Vallon apareció ante sus ojos.

Helen miró la fotografía, con el corazón acelerado.

Era una mujer guapísima, muy alta, con una melena de color castaño claro que caía por su espalda. Estaba al lado de un hombre más bajito, con barba, al que el reportero describía como «su marido, el empresario Hercule».

Madame Vallon llevaba un vestido de noche muy escotado que dejaba gran parte de sus encantos al descubierto y un magnífico collar de diamantes.

No parecía una persona que tuviera que pedir dos veces lo que quería, pensó Helen. Ni alguien a quien se pudiera decir adiós fácilmente.

Y había hecho bien en optar por la supervivencia. Porque no podía compararse con aquella mujer.

Helen cerró la revista y subió a su habitación.

Pero no podía dormir. No hasta mucho más tarde, cuando oyó los pasos de Marc en la escalera, cuando oyó que cerraba la puerta de su dormitorio.

Helen apretó la cara contra la almohada.

«No volveré a pedírtelo». Aparentemente, lo había dicho de verdad.

Y debería agradecérselo.

Pero era tan difícil, tan doloroso. Tan patético.

Capítulo 10

MARC le había dicho que la semana pasaría muy pronto, pero a Helen le parecía interminable.

Cada vez que bajaban a Saint Benoit se veían rodeados por una nube de fotógrafos y sólo entonces Marc apretaba su mano, sólo entonces la tomaba por la cintura.

-Relájate, chérie. Pronto se concentrarán en algún otro.

Durante los días siguientes, la llevó a Cannes, a Niza y a Montecarlo, hasta que la mente de Helen era un borrón de restaurantes caros, lujosos yates y tiendas de diseño.

Sin duda, trataría a todas sus amantes de la misma forma. Y, sin duda, ellas lo merecían.

Y cuando terminase aquella patética luna de miel, Marc volvería con Angeline Vallon.

Debía admitir que Marc había cumplido su palabra. No la buscaba, no la tocaba, no la rozaba siquiera. Por las tardes desaparecía y no volvía hasta bien entrada la madrugada.

Helen no sabía adonde iba y no pensaba preguntar.

Era menos humillante callarse y pensar que había conservado Monteagle, al menos. Pero el precio estaba siendo muy amargo.

Sería más fácil cuando volvieran a casa, se decía a sí misma. Cuando estuviera de vuelta en su mundo.

La última noche, Gastón había preparado la mesa en el comedor en lugar de en la terraza.

-Va a llover, madame.

-Ah, ya. Gracias.

-Monsieur Delaroche ha dicho que empiece a cenar sin él. Está hablando por teléfono.

-Muy bien.

Diez minutos después, Marc entraba en el comedor.

-Disculpa -murmuró, sin mirarla. Cenaron en completo silencio y, cuando llegó la hora del café, Marc la informó de que tomarían el avión a las diez de la mañana-. ¿Estarás lista?

-¿Han cambiado la hora del vuelo?

-No vamos a Londres, Héléne. Iremos unos días a París.

-¿A París? ¿Y dónde vamos a alojarnos?

-Ya te dije que tengo un apartamento allí. Y tiene más de un dormitorio, no te preocupes.

-No es eso… es que no sé qué voy a hacer yo en París.

-Eres mi esposa, Héléne.

-Pero no quiero molestarte…

-¿Molestarme? ¿En qué sentido?

-Supongo que tendrás cosas que hacer -contestó Helen-. Además, creo que los dos necesitamos un respiro.138

-¿Tú crees? -replicó él, irónico-. ¿Quieres que te diga cuántas horas hemos pasado juntos esta semana? Aunque eso no te importa, ya lo sé. Tienes que volver a Monteagle. Así que yo iré a París solo y tú irás a Londres -suspiró luego, levantándose-. Si no te importa, me voy al casino. Buenas noches.

-¿Es así como has pasado todas estas noches? -preguntó Helen-. No sabía que te gustase tanto jugar.

-Yo tampoco, ¡na belle. Hasta que te conocí. Las vueltas de una ruleta son infinitamente más amables que tú -contestó Marc-. Ait revoir.

Helen odiaba las tormentas. Pero casi agradeció aquella porque le daba algo en qué pensar, además de en sus problemas inmediatos. Después de todo, había conseguido no ir a París…

Sin embargo, le parecía una derrota, no una victoria. Y la ausencia de Marc una semana después de la boda despertaría comentarios en el pueblo.

Pero eso era mejor que acompañarlo a París.

Además, Marc no había intentado convencerla, pensó Helen, enterrando la cara en la almohada.

La tormenta hacía retumbar las contraventanas, la lluvia golpeaba con fuerza los cristales, los relámpagos iluminaban la habitación…

Helen debía de haberse quedado dormida, pero, de repente, un relámpago la despertó. Y al abrir los ojos vio a Marc al lado de su cama, con el pelo completamente empapado.

-¿Qué haces aquí? -exclamó, asustada.

-He venido a decirte que he ganado esta noche.

-Me alegro por ti. Pero podrías habérmelo contado por la mañana.

-Ya es por la mañana, chérie. Además, quería contarte otra cosa.

-¿No puede esperar? Estoy muy cansada.

-También yo estoy muy cansado -replicó él, sentándose al borde de la cama-. En nuestra noche de bodas me acusaste de haberte comprado para acostarme contigo. Si es así, Héléne, hice una mala compra.

-Marc…

-Es verdad. Y creo que quizá no has cumplido tu parte del trato -siguió él, apartando la sábana de un tirón, dejando su desnudez al descubierto.

Helen se quedó sin aire. Y, sin embargo, la mirada apasionada de su marido la excitaba como nunca. Tanto que dejó que la tocase, que

pasara una mano sobre sus pechos, que la deslizara por su estómago, entre sus piernas…

Por la mañana se moriría de vergüenza, pero en aquel momento…

Cuando Marc metió la mano entre sus piernas, Helen dejó escapar un gemido.

-No, por favor -murmuró cuando él empezó a explorarla con los dedos.

-¿No?

Entonces, de repente, Marc inclinó la cabeza y la enterró entre sus piernas.

-Marc… ¿qué haces? -exclamó ella, atónita.

Pero un segundo después, supo lo que hacía. Sintió la lengua de Marc descubriendo el escondido capullo y el placer fue tan intenso, que tuvo que morderse los labios.

Intentaba apartarse, pero no podía hacerlo. El placer era tan inmenso, tan nuevo para ella, tan enloquecedor, que cerró los ojos cuando una ola de un calor desconocido, una sensación completamente nueva la hizo gritar, aferrándose a los hombros de Marc para controlar los espasmos que la poseían por completo.

Luego se quedó inmóvil, en silencio, absolutamente perpleja por lo que acababa de pasar. No sabía dónde estaba, quién era.

Una extraña euforia la envolvió. Entonces, fue consciente de que Marc no estaba a su lado y extendió la mano para buscarlo.

-Sois tranquille, mon amour. Estoy aquí -murmuró Marc, apretando su mano. Él se había desnudado. Estaban tan cerca, que notó su erección, su casi imperceptible temblor.

Y decidió rendirse de una vez. Se apretó contra él, enredando los brazos en su cuello, rozando el torso masculino con sus pechos desnudos.

Marc la apretó contra su corazón, colocándola, penetrándola con un rápido y fluido movimiento.

-Dime si te hago daño.

-No, no… te deseo, Marc. Lo deseo todo.

Pensaba que, después de aquella explosión de placer, no podría volver a sentir nada, pero estaba equivocada.

La fuerza de su posesión invocaba una respuesta que iba mucho más allá de la mera rendición. De repente, su cuerpo despertaba a la vida de nuevo, con cada embestida, con cada jadeo… hasta que, de nuevo, volvió a sentir esos espasmos, ese éxtasis.

Después, se quedaron en silencio, abrazados, los dos intentando llevar aire a sus pulmones.

Pasara lo que pasara después, Marc le había dado una noche

inolvidable. Pero pronto estaría besando a otra mujer, amando a otra mujer, pensó Helen.

Un entretenimiento. Eso era para Marc Delaroche. Y cuando su aprendizaje sexual hubiera terminado, se cansaría de ella.

Helen dejó escapar un suspiro. Tendría que acostumbrarse. Si él era discreto, quizá aquello podría funcionar.

Quizá.

Cuando abrió los ojos, Marc estaba inclinándose sobre ella para besarla… y no por primera vez. La había despertado al amanecer para hacerle el amor, con tal ternura, que después Helen se encontró llorando entre sus brazos.

-Bonjour, chérie.

-Buenos días. ¿Ha dejado de llover?

-Eres una auténtica inglesa, cariño. Hablas del tiempo incluso cuando te acabas de despertar -rió él.

-Perdona, es la costumbre.

-Vamos, tenemos que tomar un avión.

-Dos aviones -le corrigió Helen.

-¿Dos aviones? ¿De qué estás hablando? Iremos juntos. Vas a venir conmigo a París, naturalmente.

-No -insistió ella-. Tengo que volver a Monteagle, eso es lo que habíamos acordado.

Marc se sentó abruptamente.

-Pero eso fue ayer… antes de…

-Antes de que hiciéramos el amor -terminó Helen la frase por él-. Lo sé. Pero eso no tiene nada que ver.

-Yo esperaba -empezó a decir Marc- que quisieras venir conmigo. Ahora que, por fin, nos hemos encontrado el uno al otro.

Pero no en París, pensó Helen. Nunca en París, en ese apartamento en el que se acostaba con Angeline Vallon.

-Marc, habíamos quedado en que tú irías a París y yo…

-Oh, mon Dieu -exclamó él, exasperado-. Te estás comportando como una tonta, Héléne. Pero, a pesar de ello, sé que podemos hacer que este matrimonio funcione. Estoy seguro.

Pero Helen no lo estaba. Porque cuando Angeline Vallon desapareciera, aparecería otra mujer. Durante dos meses.

-Monteagle también es tu casa y, cuando vayas allí, estoy dispuesta a… llegar a un compromiso contigo.

-¿Como hiciste anoche?

-Sí. Como anoche -contestó ella.

Marc murmuró algo entre dientes, mientras buscaba algo en el bolsillo del pantalón.

-Pues entonces, permite que te felicite por tu interpretación. Aprendes muy rápido y te mereces una recompensa -dijo, tirando sobre la cama un montón de billetes-. Considérate pagada, madame. Hasta la próxima vez. Cuando quiera que sea.

Y luego la dejó pálida y atormentada, mirando la puerta.

Capítulo 11

LO dices en serio? -exclamó Lottie-. ¿Puedo organizar el banquete en la galería? -Claro que sí -contestó Helen-. Ha quedado preciosa y debe ser usada para un acontecimiento especial.

-¿Y seguro que a Marc no le importará?

-¿Por qué iba a importarle?

-Simón quería una boda discreta, pero eso fue antes de que nuestras madres apareciesen con la lista de boda -rió su amiga-. Por cierto, ¿dónde está Marc?

-No lo sé -contestó Helen.

-Cariño, esto es terrible. Yo me siento tan feliz y tú…

-No te preocupes, no pasa nada. Marc parece contento y la casa ha quedado preciosa, ¿verdad?

-Sí, pero… a veces me gustaría que se la hubieras vendido a Trevor Newson.

A veces, también a Helen le habría gustado.

¿Por qué?, se preguntó. ¿Por qué pensaba eso cuando Monteagle había sido durante años el proyecto de su vida? Cuando había luchado tanto para conservarla.

«Ningún hombre tendrá la mínima oportunidad contra una obsesión como ésa», le había dicho Nigel. Y quizá tenía razón.

Pero no era una obsesión, era la casa de su familia. ¿No era su obligación conservarla? ¿No había sido siempre su sueño, que su abuelo se sintiera orgulloso de ella?

Pero se estaba mintiendo a sí misma. Porque el sueño había empezado a esfumarse seis semanas atrás, cuando volvió de Francia.

Sin Marc. Sin despedirse de él siquiera.

Por primera vez en su vida, se sentía sola en Monteagle.

Cada vez que le preguntaba a Graham si sabía algo de él, el arquitecto le contestaba que estaba muy ocupado, que tenía muchas reuniones de trabajo. Pero los dos sabían que era mentira.

Durante esos días estuvo muy ocupada ayudando en una comida benéfica en Aldenford, en la biblioteca del pueblo, en el hospital…

De modo que estaba fuera cuando Marc llamó para decir que iría a Monteagle al día siguiente.

Intentando contener su emoción, Helen lo esperó paseando de un lado a otro de la casa. Pero cuando llegó por fin, la saludó con frialdad.

-Sólo es una visita relámpago para revisar las obras. ¿Cómo va todo?

-Bien -contestó Helen, intentando disimular su decepción.

-¿Necesitas más personal?

—No, todo va bien.

-Entonces, espero que sigan trabajando a la misma velocidad para que pronto puedan dejarte en paz, Héléne -dijo Marc entonces-. Au revoir.

Y ése había sido el patrón de sus siguientes visitas a Monteagle. No pasó una sola noche allí, no comieron juntos siquiera.

¿Por qué lo hacía? ¿Por qué la torturaba de esa forma?

Quizá, pensó, estaba enamorado de Angeline Vallon, quizá no era sólo una aventura.

De haber sabido que iba a sufrir de esa forma, lo habría tomado de la mano aquella mañana en Francia y le habría dicho: «llévame contigo». Donde fuera. A Bolivia, a Uzbekistán. Porque media vida con él era mejor que ninguna vida en absoluto.

Mientras observaba el jardín por la ventana, vio que había una mujer mirando hacia la casa. Una mujer muy alta, de pelo largo…

No podía ser. Era imposible.

¿Cómo podía Marc insultarla de tal forma? ¿Cómo podía haber permitido que Angeline Vallon fuera a Monteagle?

Furiosa, salió de la casa y se dirigió hacia su enemiga.

—Attendez, madamel

La mujer se volvió, sorprendida. Era mayor de lo que había esperado. Y estaba muy delgada. Tampoco era tan guapa como en la fotografía.

-¿Sí?

-Lo siento, pero la casa no está abierta al público.

-Lo sé, perdone. Es usted Helen Frayne, ¿verdad?

-Sí, soy yo.

-Pero creo que me confunde con alguien… porque se ha dirigido a mí en francés.

Helen la miró, atónita.

-Me llamo Shirley Newson. Creo que conoce usted a mi marido.

-Sí, lo conozco -dijo Helen, sorprendida.

-Y desearía no haberlo conocido -rió ella-. Trevor es una buena persona, pero cuando decide que quiere algo… es imposible convencerlo de lo contrario. El pobre quería hacer realidad mi sueño comprando esta casa…

-¿Cómo?

-¿Sabe que mi familia trabajó aquí?

-No tenía ni idea -contestó Helen-. ¿Le apetece tomar un té, señora Newson?

Habían sido dos horas muy agradables, decidió Helen cuando

Shirley se despidió.

Si hubiera sido ella quien le propuso comprar la casa, todo habría sido muy diferente. Quizá…

Pero ya era demasiado tarde.

-¿Seguro que le ha dado el mensaje a Marc sobre la boda de Lottie? -insistió Helen, intentando disimular su decepción-. Porque sólo falta una hora y…

-Señora Delaroche -la interrumpió el arquitecto-. ¿Se le ha ocurrido pensar que, en estas circunstancias, Marc podría tener problemas para salir de París?

-Se refiere a Angeline Vallon, supongo.

Alan la miró, incrédulo.

-¿Lo sabe?

-Sí. Después de todo, no es un secreto.

-¿Lo sabe? -repitió el arquitecto-. ¿Lo sabe y, a pesar de todo, sigue adelante con su vida como si no pasara nada?

-Es decisión de Marc, yo no tengo nada que ver.

-Y mientras Marc se encargue de pagar los gastos, a usted no le importa otra cosa, ¿verdad? -le espetó Alan entonces-. No le importa lo que le pase a su marido.

-¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué derecho tiene a criticarme?

-Mire, señora Delaroche, tiene usted toda la razón. Y si prefiere que no siga trabajando en este proyecto, sólo tiene que decírmelo -suspiró él-. Pero Marc llegará, se lo aseguro. Le cueste lo que le cueste… sólo porque usted le ha pedido que venga.

Helen se quedó perpleja. No entendía nada. Y, sobre todo, no entendía la actitud hostil de aquel hombre.

La ceremonia había empezado cuando Helen empezó a oír murmullos detrás de ella. Al mismo tiempo, vio que Marc se colocaba en el banco, a su lado.

-Pensé que no vendrías.

-Tenía una invitación -dijo él en voz baja.

Cuando Simón y Lottie se dieron el «sí, quiero» y vio cómo se besaban, con qué alegría, con qué esperanza, Helen tuvo que morderse los labios.

Si Marc la hubiera mirado así, si la hubiera besado delante de todo el mundo.

Si ella hubiera podido decirle «te quiero» al oído.

Porque sabía con terrible certeza que ésa era la verdad. Amaba a su marido con toda su alma. Lo demás no importaba, ni Monteagle, ni el trato que habían hecho, nada.

Helen lo miró por el rabillo del ojo, rezando en silencio para que se

volviera hacia ella, para que le regalara una sonrisa… para que tomase su mano.

Pero Marc no se movió, su perfil como el granito, su expresión tan remota como si no estuviera allí.

Y Helen supo entonces que si había habido algún momento en aquella historia en que hubiera podido ganarse su corazón, ese momento había pasado para siempre.

Y lo único que le quedaba era la soledad, una soledad eterna.

Capítulo 12

LOS novios se habían despedido de todo el mundo para empezar su luna de miel y el banquete había sido todo un éxito.

Pero había sido un error ponerse el vestido que usó en su boda, pensó Helen, angustiada. Porque Marc lo había mirado con total indiferencia, como si no lo recordara, como si fuera un vestido más.

Y cuando todos los invitados se habían ido, se quedaron solos. Sin saber qué decir.

-¿Te vas? -preguntó Helen, al ver que se dirigía a la puerta.

-Sí, tengo cosas que hacer.

-¿No podemos hablar un momento?

-¿De qué?

«Quédate conmigo», pensaba Helen, rezando en silencio para encontrar valor. Pero no lo encontró. La frialdad en los ojos de su marido era más de lo que podía soportar. Y cuando desapareció, se apoyó en la puerta y empezó a llorar desconsoladamente.

Helen salió de la consulta del médico y se quedó un momento parada en la acera, sin saber qué hacer. Estaba temblando por la noticia que acababa de recibir.

¿Cómo no se había dado cuenta?

Al principio pensó que los mareos eran debidos a una indigestión o a un resfriado, pero…

-Otra página en la dinastía de los Monteagle -la había felicitado el ginecólogo-. Enhorabuena.

Pero cuando volvió a casa, se llevó una sorpresa. Una sorpresa desagradable. Nigel estaba esperándola.

-¿Qué haces aquí?

-He venido a despedirme. Mis padres han vendido la casa.

-Muy bien. Adiós -dijo Helen.

-También quería decirte que lo siento.

-¿Cómo?

-Por lo visto, vas a tener que vender esta casa que tanto te ha costado reconstruir.

-¿Qué quieres decir?

-Ah, parece que el señor Delaroche no te ha dado la mala noticia -sonrió Nigel, maligno-. Hay una revuelta en su consejo de administración, por lo visto. Así que pronto se quedará sin trabajo. Y sin dinero. Dicen que se lo ha gastado todo en las reformas de Monteagle. Y Hercules Vallon no está dispuesto a echarle una mano, por supuesto.

-¿De qué estás hablando? -exclamó Helen, llevándose una mano al

corazón.

-Parece que Angeline Vallon ha podido vengarse, al fin. Supongo que, de haber sabido que tu millonario pronto dejaría de serlo, no te habrías casado con él.

-Me habría casado con Marc aunque no tuviera un céntimo -replicó ella.

-Te casaste con él por Monteagle -insistió Nigel-. Lo sabe todo el pueblo. Pero cuando lo haya perdido todo, ¿crees que podrás mantener la casa?

-No, no lo creo. Pero conozco a alguien que está dispuesto a conservarla -dijo Helen.

Mientras el taxi la llevaba al centro de París al día siguiente, Helen se sentía extrañamente relajada. La calma después de la tormenta, pensó.

Tenía la dirección particular de Marc gracias a Alan, que se la había dado después de mucho insistir.

-Ésta es la batalla de Marc. Él no quería que usted supiera nada... -le había dicho Alan.

-Soy su mujer, tengo derecho a saberlo -lo interrumpió ella-. Si tiene problemas, es mi obligación ayudarlo.

-Usted llegó a su vida en el momento equivocado -suspiró Alan-. La empresa empezaba a tener problemas, pero insistió en reformar esta casa... eso era lo único importante para él.

-¿Quiere explicarme qué ha pasado? -le rogó Helen.

-Como todos los hombres importantes, Marc tiene enemigos y estaban rodeándolo, como una manada de lobos, oliendo sangre fresca.

-¿Y Angeline Vallon es su amante? He oído rumores...

-Angeline Vallon es una zorra obsesiva, casada

con un multimillonario que le deja hacer lo que quiere. Se obsesionó con Marc y empezó a enviarle cartas, a llamarle por teléfono a todas horas... alquiló un apartamento al lado del suyo y lo acosaba de día y de noche.

Helen se llevó una mano al corazón. Había estado equivocada. Había estado equivocada todo aquel tiempo...

-Al final -siguió Alan- Marc tuvo que tomar medidas legales y Angeline juró vengarse. Hizo creer a su marido que era Marc quien la acosaba y le exigió que comprara su empresa... así que Hercule convenció a varios miembros del consejo de administración de que Marc no estaba haciendo un buen trabajo. Sólo necesitaba una oportunidad y la encontró cuando Marc se concentró en Monteagle.

-¿Y por qué no me había contado nada de esto?

-Porque Marc piensa que a usted sólo le interesa su dinero. Marc Delaroche parecía invencible… hasta que la conoció. Usted lo hizo vulnerable y, sin embargo, no parece importarle en absoluto.

Era media tarde cuando llegó a las oficinas de Fábricas Roche en París. Pero la puerta estaba cerrada.

-¿Puedo pasar? -le preguntó al guardia de seguridad.

-Lo siento, señora, todos se han ido a casa después de la reunión de hoy.

-¿Y el señor Delaroche?

-No, él sigue en su despacho.

-Soy su esposa. Déjeme entrar, por favor.

-Lo siento, señora, tengo órdenes…

-Pero vengo de Inglaterra. Y estoy embarazada.

El guardia de seguridad la miró, indeciso. Y, por fin, le abrió la puerta.

Marc estaba de espaldas frente a un enorme cuadro. Solo. Completamente solo. Y a Helen se le encogió el corazón.

-Marc, cariño.

Él se volvió abruptamente, incrédulo.

-Héléne… ¿qué haces aquí?

-Vengo a estar contigo porque… porque ya no tengo casa.

-¿Cómo?

-He vendido Monteagle, Marc.

-¿Que la has vendido? No puede ser, esa casa era toda tu vida…

-No, ya no. Ahora tú eres toda mi vida. Nada más me importa. Marc le pertenece ahora a Trevor Newson. O, más bien, a su esposa, que es una mujer encantadora. Se lo he vendido todo, excepto el retrato de Helen Frayne.

-Pero tú no querías que convirtieran Monteagle en un parque temático…

-Y no lo hará. La verdad es que su mujer está enamorada de la casa desde que era pequeña -sonrió Helen-. Además, si la convirtiera en un parque temático, yo no estaría allí para verlo porque estaré contigo. Si no me odias demasiado por vender una casa que te gustaba tanto.

-Me gustaba por ti, Héléne -murmuró Marc, apretando su mano-. Sólo por ti. Porque te adoro, mon amour.

-Y yo a ti. Y por eso te he traído esto -dijo Helen, sacando un sobre del bolsillo.

-¿Qué es?

-Un cheque.

-Mon Dieu! -exclamó Marc al ver la cantidad.

-Es suficiente para volver a empezar, ¿verdad? Para que

empecemos juntos en alguna parte como marido y mujer. Porque te quiero, Marc, y no puedo vivir sin ti.

Él la miró, en silencio.

-¿De verdad?

-De verdad. Y hay algo más -sonrió Helen-. Parece que vamos a ser papas.

-Ah, Dieu -suspiró él, apretándola contra su corazón-. Héléne, Héléne… lo he hecho todo mal.

-No es verdad. Es culpa mía.

-En cuanto te vi, supe que eras la mujer de mi vida. Que todo lo demás se había terminado. Y pensé que podría convencerte… en la cama. Qué tonto…

-Amor mío, no quiero hablar de eso ahora -suspiró Helen, besándolo con ternura-. Sé por Alan que tienes un grave problema y quiero ayudarte. Sé que has perdido la empresa y yo…

-No la he perdido, Héléne. He estado a punto, pero afortunadamente he podido salvarla.

Helen lo miró, boquiabierta.

-Pero Alan me dijo que…

-Alan es un hombre muy negativo y sabía que todas las probabilidades estaban contra mí -sonrió Marc-. Ha habido una especie de golpe de estado en el consejo de administración… a causa de una mujer…

-Lo sé todo, no te preocupes. Alan me lo ha contado.

Marc dejó escapar un suspiro.

-Si supieras, Héléne… si supieras lo que sentí el día de la boda de tu amiga Charlotte. Cómo deseaba ser yo el que dijera ese «te quiero»…

-¡Yo también! No podía pensar en otra cosa -exclamó Helen-. Pero pensé que preferías a Angeline Vallon.

-¿Qué?

-Es una larga historia -rió ella-. Pero ya no tiene importancia. Entonces, ¿no necesitas el dinero que he traído?

-No, pero necesito el amor que viene con él -contestó Marc, abrazándola de nuevo-. Y el brillo de tus ojos, mon amour. Pero podríamos usar el dinero para comprar Monteagle de nuevo. Helen negó con la cabeza. -No, eso es el pasado y prefiero invertir en el futuro. Encontrar una casa para los dos… y para nuestros hijos. Marc, cuando entré no parecías alguien que ha ganado una batalla. Parecías triste.

-Estaba pensando en ti. Y en todos los errores que había cometido, preguntándome cuándo volvería a verte…

Helen lo hizo callar con un beso.

-Yo también estaba equivocada sobre tantas cosas… Pero ya no -sonrió, enredando los brazos en su cuello-. Por favor, Marc, llévame a casa.